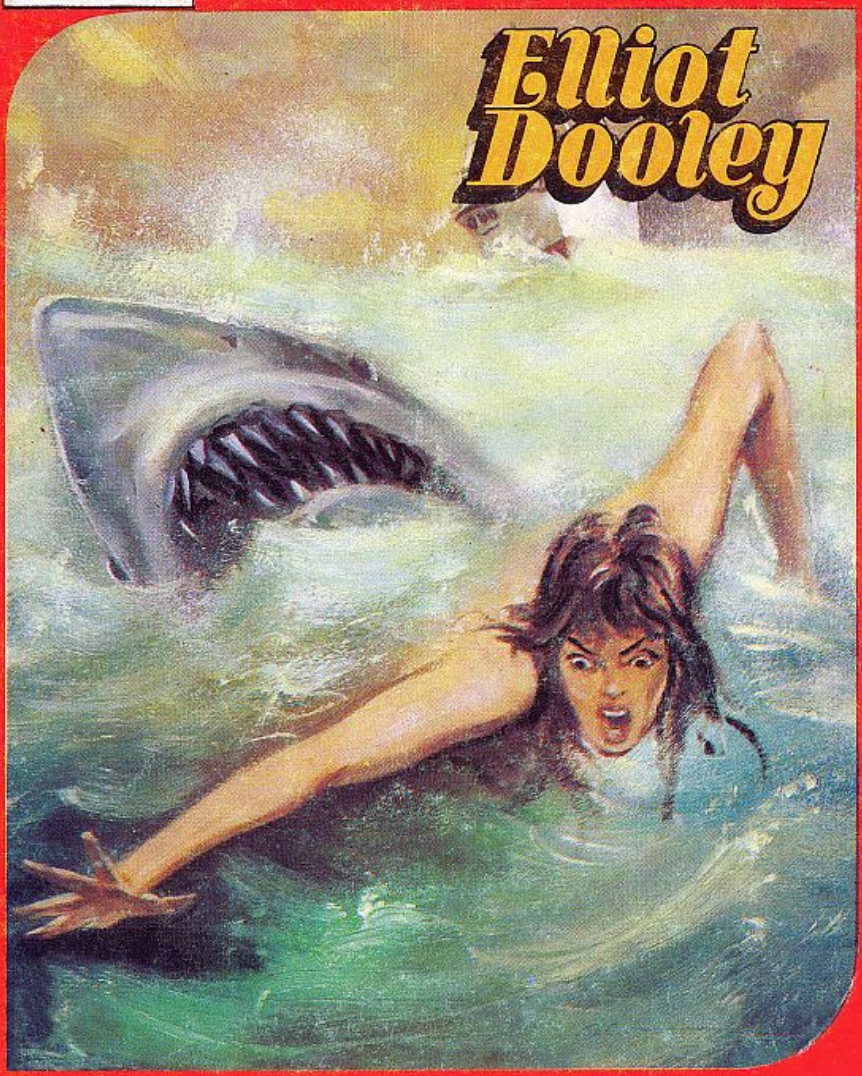
tam tam

NOVELAS ECSA

Sangre en el océano



SANGRE EN EL OCEANO

TAM Nº 6

Autor: Dooley Elliot
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EL guardián del faro de Brisbane advirtió que el viento empezaba a amainar e hizo un gesto de malhumor. Joss Wallace era un viejo lobo de mar al que molestaba que los bañistas y demás gentes bulliciosas profanasen la calma de aquellas aguas, que consideraba como poco menos qué de su propiedad.

Con la vieja cachimba entre sus labios, apagada como de costumbre, rezongó gruñón:

—En cuanto se den cuenta de que ha amainado invadirán las playas con sus balsas, lanchas y cualquier cosa que pueda flotar.

Escupió al suelo con gesto despreciativo.

Para Joss Wallace todo aquello que no tuviera uno o dos mástiles y las correspondientes velas no era digno de navegar.

Sin perder aquel gesto malhumorado, el guardián del faro se llevó los prismáticos a los ojos y oteó el horizonte.

El cielo estaba clareando, pero una pálida neblina amarillenta se espesaba en el aire. A lo lejos, muy por encima de la superficie, unas hileras de cirros cruzaban el cielo.

Aquello confirmaba sus temores.

Joss dirigió una rápida ojeada a la mampara, donde había un panel de bronce con instrumental de medición meteorológica. La aguja del barómetro marcaba 72’90 cm de mercurio.

El guardián del faro siguió con sus observaciones anotando las variaciones que se estaban produciendo.

El viento se había reducido ya a siete nudos y la aguja del barómetro marcaba los 7370 cm con tendencia a seguir subiendo.

—Va a hacer un día de calor pegajoso —murmuró disgustado—. Eso

quiere decir que dentro de poco las playas estarán a tope.

Joss dejó a un lado los prismáticos y encendió la cachimba. Una mañana como la que se avecinaba representaba poco trabajo para él, a menos que algún bañista se metiese en problemas.

Y eso, en aquellas aguas, tampoco era raro.

* * *

Cuando llegaron al embarcadero, el vigilante y mozo para todo salió al encuentro de las dos parejas.

—¿Van a dar un paseo? —afirmó más que preguntó—. Desde luego hace un día estupendo.

Burt respondió con un gruñido afirmativo y cruzó la pasarela para saltar a cubierta. Se volvió a fin de ofrecer la mano a Sheila, pero ya el fornido mozo para todo se le había adelantado.

«Eso tipo no le quita los ojos a los pechos de Sheila —pensó irritado —. Y la muy golfa, que se ha dado cuenta, los mueve como si estuviera en las montañas rusas.»

Lo que Burt sentía no eran celos, pero sí algo parecido. Le molestaba que algo de su propiedad —Sheila— fuese codiciado por otros hombres y que éstos no se recatasen en sus deseos. Y todavía le fastidiaba más que Sheila les calentase excitándoles y dándoles pie a que se tomaran con ella más de una libertad.

Burt contuvo su malhumor y esperó a que la otra pareja estuviese a bordo para levar anclas y hacerse a la mar.

«Al menos —se dijo— lejos de tierra no tendrá con quien coquetear… a menos que lo haga con Irving, pero en ese caso tendrá que habérselas con Abigail… ¡y ésta sabrá mantenerla a raya!»

Divertido con aquella idea, dejando que los otros se moviesen por cubierta a su aire, Burt enfiló la proa hacia el mar abierto alejándose de la costa.

* * *

Robert salió de la ducha y se secó delante del espejo del cuarto de baño. Infló el pecho y estiró los brazos, tensando después el vientre, quedando complacido del resultado. No podía negarse que tenía tipo de atleta.

Al abrirse la puerta del cuarto de baño percibió el aroma de Xaviera. Se giró hacia ella y le sonrió.

—¿Vienes a sorprenderme?

—¿Te molesta acaso? —preguntó ella acercándosele con los ojos brillantes de deseo.

—Valdría más que lo dejaras para más tarde —sugirió él.

—¿Por qué? —insistió Xaviera, acariciando la poderosa musculatura.

—Porque nos están esperando para comer y no debemos retrasarnos. ¿O ya no te interesa trabajar para el Shark Research Panel?

—Claro que me interesa, como todo lo que pueda proporcionarme un reportaje sensacional, y eso de los tiburones creo que puede serlo.

—Entonces no me entretengas y deja que me vista —respondió él palmeándola en el trasero, que Xaviera hizo oscilar lasciva y provocativamente.

—Bueno, si te empeñas…

Xaviera se encogió de hombros e hizo un mohín de disgusto. Luego, al igual que Robert, se vistió para la comida.

Salieron juntos del bungalow que tenían alquilado y, enlazados por la cintura, recorrieron el sendero de grava hasta el Brisbane Roy al Club. Era igual que atravesar un plantío tropical, marchando por un camino bordeado por adelfas, buganvillas, hibiscos y malváceas en gran profusión de formas y de colores.

—¿Crees que nos darán ese trabajo? —inquirió Xaviera cuando se disponían a entrar en el amplio vestíbulo del Club.

—No lo sé, cariño, pero tenemos más probabilidades que otros. Juntos formamos un buen equipo. Tú colaboraste con el National Geographic Magazine y yo, sin pecar de falsa modestia, estoy acreditado como un fotógrafo excelente. Los animales salvajes no tienen secretos para mi cámara.

Xaviera frunció su bonito entrecejo.

—Temo que no sea lo mismo fotografiar leones o cocodrilos escondiéndose entre los matorrales, que bajar al fondo del mar y sorprender a los tiburones en su propio elemento… sin nada que te proteja.

—¡Eh, un momento! —protestó Robert—. Si no recuerdo mal nos hablaron de una especie de batiscafo, ¿O no?

—Claro que sí, pero eso nos servirá sólo para descender. Luego, si queremos que el reportaje tenga interés, tendremos que salir de él y acercarnos al objetivo.

—Bueno, pues nos acercaremos —respondió él encogiéndose de hombros con cierto aire fatalista—. Pero no olvides que también nos ofrecieron unos bastones eléctricos para protegernos en caso de ataque. Y yendo juntos, mientras yo saco mis fotos, tú podrás estar al tanto con los bastoncitos de marras.

La conversación se interrumpió por la llegada de dos hombres que les salieron al encuentro. Uno de ellos les acogió con grandes muestras de satisfacción estrechando efusivamente sus manos.

—¡Celebro tenerles con nosotros!… Voy a presentarles a mí compañero, el profesor Rimmer, especialista en fauna submarina del océano Pacífico. Trabajarán con él.

Luego, señalando a la pareja, añadió:

—Profesor, aquí tiene a la encantadora Xaviera Lerstram, una excelente periodista, y a su compañero Robert S. Jong, el mejor de todos los fotógrafos.

—Encantado de conocerles —saludó el recién presentado—. Y ahora, si no tienen inconveniente, pasemos al comedor. Ante unos sabrosos meros o un par de suculentos bogavantes resulta más cómodo hablar, y podremos hacerlo largo y tendido acerca de esos amigos que nos han traído hasta aquí: ¡los tiburones!

* * *

El sol estaba ya en lo alto cuando el grupo de jóvenes abandonó el almacén del viejo Harrad. Jaquetones y desafiantes por lo general, jaraneros por costumbre, no se atrevían sin embargo a plantarle cara al dueño del establecimiento por temor a que el viejo les cortara los víveres… o las botellas.

Los muchachos salieron del almacén en forma tan ruidosa que parecían una partida de indios apaches lanzándose por el sendero de la guerra. Agitaban las botellas que, en sus manos, parecían trofeos de guerra y lanzaban alaridos capaces de despertar a un sordo.

—¡A las piraguas! —aulló Wins, el jefe del grupo.

Dos de sus seguidores se apresuraron a tomar la delantera y profirieron gritos espeluznantes corrieron como exhalaciones a la playa, asustando a los bañistas que, prudentemente, procuraron apartarse de su camino.

Cuando sus camaradas se reunieron con ellos ya estaban empujando sendos patines de pedales hasta la orilla. Con la ayuda de los demás, las frágiles embarcaciones —a las que llamaban piraguas— vencieron la barrera de las olas en la rompiente y, cargadas con los vocingleros tripulantes, avanzaron mar adentro.

Thomas Scott, uno de los agentes del Sheriff Hamton torció el gesto al verles y rezongó:

—Están ya medio borrachos… a menos que hayan fumado más porros de la cuenta. Avisaré al Sheriff por si acaso. Son «hijos de papá»

y puede que nos causen algún problema.

Ajenos por completo a la preocupación que suscitaban en el agente Scott, los tripulantes de los dos patines siguieron alejándose de la playa al tiempo que se enzarzaban en un juego que podía resultar de lo más peligroso.

Se embestían con los patines como si fuesen autos de choque con el propósito de arrojar al agua a sus contrincantes.

—¡Animo, valientes! —gritaba Wins, incitando a los de su patín—. ¡Al agua con ellos!

Los del otro patín no rehuían los encontronazos y en uno de éstos dos de los muchachos perdieron el equilibrio y cayeron al mar.

Los otros rieron a carcajadas.

—¡Vamos, Johnny! —gritó Wins sarcástico—. ¡Da unas cuantas brazadas de las tuyas y demuestra a esa pandilla que puedes ganarle al propio Tarzán!

—¡Eso, Johnny! vociferó uno de sus camaradas—, ¡Que se vea donde están los campeones olímpicos!

Los ocupantes de ambos patines incitaban al muchacho a nadar pero, al mismo tiempo, le esquivaban y se alejaban para mantener entre ellos la distancia inicial.

Silver, el otro chico que había caído también al agua, comprendiendo lo que los demás se proponían con aquel juego, que a él le parecía de lo más idiota, se tendió en la superficie con los brazos abiertos, haciendo el muerto.

«Ya se cansarán de hacer el imbécil —pensó—. No vale la pena que me fatigue por nada.»

Como Silver no hacía nada por secundarles en el juego y no despertaba por tanto el interés de sus camaradas, éstos se ocuparon única y exclusivamente de Johnny, prosiguiendo con aquel continuo ir y venir sin que el chico pudiese alcanzar ninguno de los patines.

De pronto, Johnny alzó ambos brazos y profirió un gemido de dolor, que quedó casi apagado por el vocerío de sus amigos.

Wins vio que se inmovilizaba y preguntó sarcástico:

—¿Qué te pasa, campeón?… ¿Ya te has cansado?

—No se mueve —comentó otro—. ¿No será que le ha pillado una rampa?

—Tranquilo, Johnny —añadió un tercero—. Ya vamos por ti.

Johnny no respondió.

Ni a las burlas ni tampoco a las palabras de ánimo.

Igual que si algo le hubiese inmovilizado, privándole inclusive del uso de la palabra, dejó de bracear.

El chico se sumergió como si tuviese lastre en los pies.

Los jóvenes se miraron unos a otros, asustados.

—¡Silver! —gritó uno—. ¡Ayuda a Johnny!

El que había llamado a su otro compañero giró la cara hacia donde había visto por última vez al que estaba haciendo el muerto.

—¡No está! —aulló aterrado.

Los demás se volvieron a un tiempo, para comprobar con pánico creciente que su otro compañero tampoco estaba a la vista.

¡También Silver había desaparecido!

Wins, sintiéndose responsable, bramó:

—¡Hay que ir por ellos enseguida! ¡Saltad dos de vosotros conmigo y que los demás acerquen los patines! ¡Si no los sacamos del agua van a ahogarse!

Mas, cuando ya Wins se disponía a cabuzarse y dos de sus seguidores iban a imitarle, otro de sus camaradas le sujetó por el brazo y dio la voz de alarma.

—¡Tiburones!

El muchacho apuntaba a la tranquila superficie del océano, donde podía verse como tres aletas, negras y triangulares, surcaban el agua a toda velocidad.

Wins ya no se atrevió a saltar.

Y tampoco ninguno de los demás muchachos.

El pánico a los terribles depredadores del mar les había dejado paralizados.

De pronto, las aletas dorsales de los tiburones desaparecieron de la superficie. Los chicos contuvieron la respiración y quedaron con los ojos clavados en el agua, azul y transparente como un espejo.

Transcurrieron unos pocos segundos, muy pocos…

Una mancha de sangre afloró a la superficie del mar.

Después, unos metros más allá, otro manchurrón rojizo se extendió por el azul del agua, enturbiándolo.

—¡Los tiburones están devorando a Silver y a Johnny!

El grito de Wins, que le salió del alma, conmocionó a los muchachos. Lanzando alaridos de espanto, gimoteando y pálidos como muertos, los jóvenes emprendieron el regreso a la playa con ambos patines.

Aunque todavía estaban lejos de los bañistas y de quienes tomaban el sol tranquilamente en la arena, los tripulantes de los dos patines vociferaban, anunciando a voz en grito la tragedia que acababa de consumarse ante sus ojos.

—¡Tiburones! ¡Han devorado a Silver y a Johnny!

Y, de boca en boca, la trágica noticia corrió por la playa primero y por todo Brisbane después.

CAPÍTULO II

EL agente Scott sirvió una taza de café al Sheriff que estaba escuchando el relato de Wins acerca de lo ocurrido. El chico hablaba con voz entrecortada, atropellándose en las palabras o sollozando de vez en cuando.

Cuando terminó de hablar, Wins ocultó la cara entre las manos y lloró con el desconsuelo de un niño. El agente Scott le miró con aire severo y rezongó:

—Siempre os dije que esos juegos vuestros podían acabar mal. Y ya ves…

El Sheriff Hampton miró con reproche a su subordinado.

—Ya está bien, Thomas. No le apabulle con la serie de «ya te lo había advertido». Eso ahora no conduce a nada. Y, como puede ver, el chico está pasando lo suyo. Dudo mucho que quiera repetir una experiencia semejante.

Thomas Scott se encogió de hombros, disgustado por la reprensión de su jefe, en tanto que el muchacho, alzaba la cabeza y mirando al Sheriff gritaba:

—¡Eso ya puede jurarlo, señor Hampton! ¡Nunca más!

Puesto en pie, el Sheriff se acercó a Wins y le puso una mano en el hombro. —Te creo… y espero que esto te habrá servido de lección. Ya ves —añadió suavemente—, que muchas veces los mayores no nos equivocamos cuando tratamos de daros consejos.

—Sí… sí, señor Hampton.

También el muchacho se puso en pie.

—¿Puedo irme ya?

—Desde luego, pero…

Wins le miró interrogativo.

—¿Hay algo más, Sheriff?

El hombre carraspeó antes de responder:

—Bueno, en realidad no estás obligado a hacerlo, pero han venido a Brisbane unas personas, entre las cuales hay un famoso científico que se ha especializado en la fauna oceánica, y les gustaría charlar contigo… que les explicaras lo sucedido.

El Sheriff Hampton leyó el miedo en los ojos de Wins.

—Ya te dije que no estás obligado y si no quieres hablar más de eso… bueno, tanto ellos como yo lo comprenderemos. Sabemos que es un mal trago.

—Es muy doloroso para mí… Silver y Johnny eran dos buenos amigos y por culpa de una imbecilidad mía…

—No te preocupes, Wins. Te entiendo perfectamente. De estar en tu puesto creo que yo tampoco podría hablar de ello. Sin embargo…

El Sheriff hizo una breve pausa y añadió:

—Tal vez lo que puedas contarles a ellos les sirva de ayuda en las investigaciones que están realizando. Desgraciadamente —concluyó—, son ya varios los casos de muerte debidos a ataques de los tiburones que se han producido en las últimas semanas. Y la cosa no parece normal.

Wins lo pensó un poco. Tragó saliva y luego dijo:

—De acuerdo, Sheriff. Si con eso puedo evitar que les suceda a otros lo que a Silver y a Johnny…

—Gracias, Wins. Esa decisión te honra.

—¿Adónde tengo que ir?

El Sheriff consultó su libreta de notas y respondió:

—Al Brisbane Roya! Club. Pregunta por el profesor Rimmer. Es el especialista de que te hablé. Me telefoneó en cuanto supo lo ocurrido y quedé en llamarle luego de hablar contigo.

Wins fue hacia la puerta.

—Podría ir a ver a ese profesor mañana… Hoy no tengo demasiados ánimos.

—Desde luego, chico. Vete a descansar y procura dormir que buena falta te hace.

Telefonearé al profesor Rimmer y le anunciaré tu visita para mañana.

—Gracias, señor Hampton.

El muchacho estrechó sin demasiada firmeza la diestra del Sheriff y

salió de la oficina de éste con paso inseguro y vacilante. Una vez en la calle miró a un grupo de chicos que correteaban jugando y sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Pensó en sus amigos Silver y Johnny con los que ya no podría volver a jugar nunca más por culpa de los malditos tiburones.

* * *

El atardecer se auguraba tranquilo. Soplaba un viento suave del nordeste, una dulce brisa que apenas si ondulaba la superficie del mar y no levantaba la menor brizna de espuma. El pequeño yate de recreo se mecía en el agua como si siguiera el compás de la melodía que brotaba del cassette.

Era música de esa que se titula «para enamorados».

Las dos parejas que estaban a bordo se habían tendido en cubierta y gozaban de las caricias del sol poniente, que ya no quemaba sus cuerpos, refrescados por el aire de barlovento.

Burt se incorporó sobre un codo y dijo:

—Voy a prepararme un manhattan. ¿Alguien quiere repetir?

Su compañero Irving alzó el brazo derecho.

—¡Yo me apunto!

—¡Y yo también! —exclamó Abigail, la amiga de éste.

Burt se volvió hacia la otra mujer y preguntó:

—¿Tú no quieres uno, Sheila?

La aludida respondió con un gruñido, que lo mismo podía ser afirmativo que negativo.

Burt se encogió de hombros y fue a la cabina, donde tenía su bien surtido bar. Abigail se levantó y marchó tras él.

—Te ayudaré a traer las copas —dijo mientras abandonaba la cubierta—. Eres tan manazas que por lo menos, derramarías la mitad por el camino.

Burt rio entre dientes al verla entrar en la cabina. Al trasluz, Abigail parecía estar completamente desnuda. Llevaba puesto un sucinto bikini, tan exiguo que apenas si quedaba velado el triángulo del sexo y los botones pardos de sus pezones.

Ella se le acercó contoneándose, sabedora de que Burt la estaba contemplando.

—¿Qué?… ¿No te decides a preparar esos manhattan?

—Tú haces que me olvide de todo.

—¿De veras? —rio la mujer, provocativa.

—¡Y tan de veras!

—¿Qué diría Sheila si te oyese?

Burt se encogió de hombros muy significativamente. Ella insistió, aunque cambiando de sujeto.

—¿Y qué te parece que opinaría Irving?

El la miró a los ojos, con fijeza.

—De él tú lo sabrás mejor que yo… aunque no me parece que sea de esos tipos celosos.

Abigail sostuvo el peso de su mirada y no se apartó cuando él le puso las manos en la cintura.

—Con Irving se puede estar tranquilo siempre que tenga algo en que entretenerse. Las manos de Burt se movían ansiosas por el cuerpo casi desnudo de la mujer, encontrándolo tibio, mórbido, de sensualidad incitante. Abigail entreabrió los labios como si fuese a decir algo más pero él se los cerró con un beso posesivo.

Ella murmuró algo, pero respondió a la caricia.

Apretados los dos cuerpos, pegados de tal forma que Abigail sentía contra su carne la virilidad impaciente de su pareja, Burt le desabrochó el sujetador del bikini. Los senos turgentes de Abigail se mostraron en toda su espléndida desnudez y Burt se inclinó para besarlos, para mordisquear la fruta oscura de los enhiestos pezones…

—¡Ahora veo por qué tardaban tanto los manhattan! —exclamó una voz a sus espaldas.

Los dos se volvieron a un tiempo.

En la puerta de la cabina estaba Irving mirándoles con cara de pocos amigos.

Abigail fue la primera en reaccionar, sin por ello separarse de su otra pareja.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—¡Y encima lo preguntas…!

—Claro que lo pregunto. ¿Es que no te gusta Sheila?

Irving miró interrogativo a su amigo que, dadas las circunstancias, no encontró mejor salida que hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Siendo así… —replicó Irving, retrocediendo—. ¡Que os aproveche la fiesta! Y, dejando que volvieran a refocilarse a sus anchas, Irving volvió a cubierta para tenderse al lado de Sheila.

—¿Sabes lo que están haciendo esos dos en la cabina? —le preguntó en un susurro, al par que avanzaba una mano para acariciar su busto.

—No… ¿Qué hacen?

—El amor. ¿Qué otra cosa puede hacer una pareja desnuda más junta que la hiedra a un muro?

Sheila frunció el entrecejo, dándose cuenta al mismo tiempo de que él trataba de deslizar una mano por el triángulo inferior de su bikini.

—¿Y tú qué pretendes?… ¿Imitarles?

—Claro… ¿Por qué no? A fin de cuentas eso forma parte del trato: Abigail con Burt y tú conmigo.

Sheila soltó un bufido y le pegó un empellón que le hizo rodar por cubierta. Luego se puso en pie y dijo despectiva:

—Para un trato así lo primero era contar conmigo. Y yo no he dicho nada a ese respecto.

El otro se levantó y tendió los brazos hacia Sheila.

—Pero, mujer. Eso se da por sobreentendido.

—¡Conmigo no! ¡Y quítame las manos de encima!

Sheila volvió a empujar al hombre, que trataba de estrecharla entre sus brazos.

Irving no se desanimó por ello y volvió a la carga, acorralándola contra la borda.

—¡He dicho que me dejes!

Ella gritó y trató de esquivar aquellas, manos sudorosas que se movían premiosas y acuciantes por su cuerpo.

Sheila dio un traspié al eludir el acoso.

El hombre intentó sujetarla pero sus manos se cerraron en el aire.

La mujer cayó al agua.

—¡Espera! —le gritó Irving—. ¡Te ayudaré a subir!

Y se inclinó sobre la borda tendiendo una mano hacia la mujer, que trataba de llegar a la embarcación sin acercarse a donde estaba él, para lo cual dio unas brazadas en dirección a proa.

De pronto, ante los ojos desorbitados de Irving, Sheila dejó escapar un quejido y agitó los brazos nerviosamente.

—¿Qué te sucede, Sheila?… ¡Ven hacia mí!

Ella gimió y quedó como inmovilizada.

Medio inclinado sobre la borda, con ambos brazos tendidos hacia Sheila, él seguía llamándola.

Sin obtener respuesta.

Luego, repentinamente, Irving vio que la mujer se hundía hasta desaparecer bajo la superficie tranquila del mar.

Irving ya no esperó más.

—¡Burt! ¡Ven aprisa! ¡Sheila se está ahogando!

Tanto su amigo como Abigail salieron a cubierta desnudos como gusanos.

—¿Qué es eso de que Sheila se ahoga? — barbotó Burt—. ¡Pero si nada como un pez!

Irving continuaba señalando al agua, donde había visto desaparecer a Sheila. De su garganta se escapaban palabras y gemidos entrecortados como si estuviera próximo a sufrir un ataque.

Burt no lo pensó dos veces y se cabuzó al instante.

En cubierta, los otros dos quedaron observando, a la expectativa. Le vieron reaparecer en la superficie al cabo de escasos minutos para coger aire y volver a sumergirse.

Irving no tuvo tiempo para preguntar nada.

El hombre y Abigail siguieron esperando… dos, tres, cinco minutos…

—¡No puede aguantar tanto tiempo bajo el agua! —exclamó Abigail, asustada. Irving asintió con un gesto de cabeza, pero cuando vio que ella se disponía a saltar al agua a su vez, reaccionó sujetándola por el codo.

—¡No lo intentes, Abigail!… ¡Mira!

Con la otra mano, Irving señalaba a unas aletas negras, triangulares, que avanzaban ominosas hacia el sitio donde se habían hundido Sheila y Burt.

La mujer lanzó un grito de terror y volvió la cara para no ver cómo desaparecían primero las aletas de los tiburones y afloraban después a la superficie unas manchas de sangre que probaban, sin ningún género de dudas, cuál había sido la suerte de sus amigos.

¡Los tiburones habían dado cuenta de ellos!

CAPÍTULO III

EL joven Wins daba muestras de gran nerviosismo al relatar, por segunda vez, lo ocurrido a sus amigos Silver y Johnny. Casi utilizó las mismas palabras que en su primera declaración, al Sheriff, aunque al hablarles al profesor Rimmer y a la pareja de reporteros, no sollozó ni se echó a llorar como hiciera la primera vez.

La procesión va por dentro, desde luego.

Sin embargo, una noche de descanso, en un joven como Wins, suele obrar milagros, y en su caso fue así.

Lo más penoso para Wins fue responder a las preguntas específicas del profesor Rimmer, que no se conformó con una simple declaración acerca de la tragedia, como había hecho el Sheriff. Él quería saber más, llegar al fondo del asunto, enterarse de todo y en sus menores detalles. Y pidió éstos.

Rimmer exigió la máxima prolijidad en los detalles.

Una prolijidad excesiva para el gusto de Wins.

Al muchacho le costó un tremendo esfuerzo, pero cumplió con su deber y no escatimó el menor detalle.

Después, una vez concluido su relato, el joven Wins se marchó del Brisbane Royal Club y respiró con alivio al escapar al acoso verbal de que había sido objeto por parte del profesor Rimmer, el cual, entretanto, explicaba las razones de su proceder a Xaviera Lerstram y al fotógrafo, que, cómodamente arrellanados en unos panzudos sillones, le escuchaban muy atentos.

—No debe extrañarles la minuciosidad de mis preguntas al muchacho —les dijo—, pero conviene no dejar ningún cabo suelto.

Ante la mirada interrogativa de sus oyentes, el profesor Rimmer

siguió diciendo:

—Desde que en 1958 se fundó la Shark Research Panel, a la que se unió luego la Shark Attack File, son ya varias las instituciones que llevan a cabo un estudio científico de los llamados peces-lobos, confeccionando listas de los ataques de escualos al hombre, cualquiera que haya sido el lugar donde se produjeran. Para este fin se ha contado con el apoyo de la Biology Branch, de la sección de investigaciones de la Marina estadounidense, y de la división ictiológica de la Smithsonian Institution.

—¿No es un poco morboso establecer tales listas? —inquirió el fotógrafo Robert S. Jong.

—Yo no lo creo así y pienso que a mis colegas les sucede tres cuartos de lo mismo. Es más, fuimos nosotros mismos quienes indicamos la conveniencia de contar con una relación documentada de tales ataques.

El profesor hizo una breve pausa, durante la cual Robert encendió un cigarrillo.

—Puede decirse que hay conocimientos suficientes sobre la anatomía de los escualos —siguió diciendo Rimmer—, acerca de su modo de vivir, de reproducirse y sobre su forma de nutrición. Faltaba en cambio la certeza científica de la peligrosidad de estos grandes peces, considerados comúnmente como los más voraces depredadores del mar. Dicho de otro modo —agregó con una mueca, vagamente parecida a una sonrisa—, faltaban estadísticas basadas en las agresiones de los escualos y sus consecuencias.

Xaviera interrumpió con tono sarcástico:

—Las consecuencias están clarísimas: se meriendan a los seres humanos. ¿O va a decirme que no es así?

El profesor Rimmer movió la cabeza negativamente.

—No trato aquí de discutir con ustedes acerca de si una o dos especies de escualos son antropófagos. Acerca de esto hay mucha más leyenda que realidad, así como en lo relativo a su proverbial agresividad.

—¿También eso es leyenda, profesor? —insistió Xaviera.

—Sí, en parte.

—Pero… yo he oído decir…

—¡Exacto, señorita Lerstram! —atajó el profesor-. Usted ha oído decir, pero a un científico no le basta con eso. No puede trabajar sólo de oídas. Es preciso saber, conocer…

El ictiólogo se encaró con sus interlocutores.

—¿Saben ustedes qué se aconseja a quienes estén en condiciones de ser atacados por escualos?

Xaviera movió la cabeza negativamente, mientras Robert se apresuraba a responder:

—No lo sabemos, profesor, y creo que, dadas las circunstancias y cuál va a ser nuestro trabajo, no estará de más que nos dé esos consejos. A fin de cuentas, esas sardinas gigantes serán nuestro próximo objetivo.

El profesor Rimmer sonrió levemente.

—Lo primero que han de tener en cuenta es que no debe menospreciarse a los escualos llamándoles sardinas gigantes. Lo segundo es no molestar ni provocar a los escualos, por pequeños que sean, puesto que es casi segura una reacción agresiva por su parte. Lo tercero es no perder la calma ante el ataque de un escualo.

—Eso es muy fácil de decir… —comentó Xaviera interrumpiendo al profesor.

—Cierto, señorita Lerstram, pero no crea que es demasiado difícil de hacer, ya que manteniéndose en calma se le puede hacer frente serenamente y golpearle en la cabeza.

—¿Golpearle? ¿Con qué? —insistió ella.

—Con lo que sea, cualquier objeto sirve, y sólo excepcionalmente o en último extremo debe golpeársele con las manos.

El profesor hizo otra pausa, observando la atención con que era escuchado por los dos reporteros.

—Hay otra serie de consejos, que no creo vengan ahora al caso, como son los de nadar siempre en compañía, evitar las aguas turbias y no presentar la piel desnuda. Nosotros actuaremos siempre en parejas y llevaremos equipos de goma, pero no evitaremos las aguas turbias sino que, al contrario, iremos a ellas en busca de los escualos. Tampoco pescaremos, por lo que se desvanecerá el peligro que representa llevar un pez arponado, cuya sangre atrae a los tiburones. En lo que sí debo insistir es que en caso de producirse cualquier herida, por pequeña que sea, debe salirse inmediatamente del agua.

—¿Algo más, profesor? —inquirió Robert muy serio.

—Sí. Conviene nadar rítmicamente, sobre todo con los pies y procurando hacerlo siempre de cara al escualo para descubrir si se dispone a atacar.

—¿Y eso cómo se sabe?

—Por lo general empieza dando vueltas en torno a su presunta víctima. Luego se lanza al ataque de modo fulminante.

—Bueno —rezongó Robert—, creo que el capítulo de los consejos está bastante claro.

—Opino lo mismo —declaró el profesor—, porque además nosotros contaremos con unos bastones cuyo extremo, al tocar a cualquier animal, provocarán una fuerte descarga eléctrica que le harán retroceder… y posiblemente huir.

—¿Y si en vez de eso volviese a la carga?

El profesor Rimmer se encogió de hombros.

—Habría que utilizar nuevamente el bastón eléctrico.

Robert S. Jong emitió un gruñido, pero no añadió palabra, así como tampoco Xaviera hizo el menor comentario al respecto. En vista de ello, el profesor continuó diciendo:

—En nuestro siglo se ha notado una auténtica carrera hacia el mar. Son millones de bañistas, pescadores submarinos, hombres rana, marinos, etcétera, que irrumpen en el medio acuático y en quienes los habitantes de éste ven a unos intrusos peligrosos. Por eso, atendiendo a la necesidad de brindarles la oportuna protección, se impone la necesidad de llevar a cabo estudios científicos que ofrezcan todas las garantías.

»Desde hace años —prosiguió Rimmer—, la recogida, el estudio y la publicación de los datos, se ha confiado a la Shark Research Panel, de la cual me honro en formar parte, trabajando con colaboradores y especialistas de todo el mundo, elegidos entre los ictiólogos y biólogos marítimos más competentes en materia de escualos.

—Recibirán una cantidad enorme de material… —comentó el fotógrafo, después de encender otro cigarrillo.

—En efecto, señor Jong, pero ninguna noticia es considerada como válida y fidedigna en tanto y cuanto no haya sido debidamente verificada por miembros de nuestra asociación, la S.R.P., o por sus colaboradores acreditados.

—¿Acaso hay noticias falsas? —preguntó Xaviera, poniendo cara de extrañeza.

—Digamos más bien que algunas de tales noticias pueden ser erróneas.

Y, ante la mirada expectante de sus interlocutores, el profesor Rimmer se explicó:

—Nuestros colaboradores y nosotros mismos disponemos de unos detallados cuestionarios que han de ser cumplimentados en el curso de cualquier investigación. No sólo hay que estar seguros de que los

ataques se han producido, sino que éstos sean debidos a los escualos y no a ninguna otra clase de depredador marino. Además, lo importante no es establecer el número de agresiones producidas a lo largo de un año, sino cómo se han efectuado para, de ese modo, plantearse el modo de evitarlas y de defenderse contra ellas.

—Bien, profesor. Eso quiere decir que usted tendrá que rellenar el cuestionario mientras Xaviera y yo conseguimos nuestro material, que pondrá considerarse como ampliación o documentación del suyo. ¿Es así?

—Efectivamente, así es.

—Bien, en ese caso sólo me resta preguntarle una cosa.

—¿Cuál?

—¿Cuándo empezamos a trabajar?

El profesor Rimmer sonrió.

—Ya hemos empezado, señor Jong.

Robert puso cara de sorpresa y el ictiólogo añadió:

—Desde que llegué a Brisbane, reclamado por uno de nuestros colaboradores de la S.R.P, y las autoridades locales, no he permanecido de brazos cruzados. He estudiado, uno por uno y con detalle, los casos más recientes que se han registrado de muertes por ataques de pretendidos escualos. Ustedes han estado presentes en el contacto con un joven testigo y han escuchado su declaración. Ahora lo que tenemos que hacer es estudiar cuál será nuestra zona de operaciones directas e ir luego a ésta.

En ese instante el profesor Rimmer fue interrumpido por la llegada de su colega, el biólogo Southern.

—Traigo noticias, profesor —fue el saludo del recién llegado a Rimmer.

—¿Algún otro ataque?

—Exactamente —dijo el biólogo, dejándose caer en un sillón—. El Sheriff me mandó llamar para informar me de la muerte de una pareja en alta mar.

—¿Hay testigos?

—Otra pareja les acompañaba y vieron como tres tiburones les devoraban.

—¿Vieron eso? —insistió Rimmer.

—Bueno, no con exactitud. A tenor de sus declaraciones, primero empezó a ahogarse ella. El hombre trató de salvarla y se lanzó al agua. Después aparecieron los tiburones y…

—No hace falta que siga, profesor Southern —dijo Rimmer poniéndose en pie—. Creo conveniente tomar declaración a esa pareja. Por lo que ha dicho usted vuelve a darse la circunstancia de un ahogo previo a la aparición de los tiburones. Y eso empieza a parecerme anormal… o muy extraño.

—¿Anormal?… ¿Extraño?… —repitió Southern, levantándose a su vez y mirando sorprendido a su veterano colega.

—Sí, ambas cosas.

—¿Es que tiene ya alguna idea o teoría al respecto?

—Aún no tengo nada que me resulte convincente y mucho menos seguro — replicó Rimmer, moviendo la cabeza negativamente—, pero he observado algo que, por lo menos, resulta curioso.

—¿Y es?

—Son ya varios los testigos que coinciden en sus declaraciones en cuanto a la forma de producirse esas muertes.

—¿Y dónde está lo extraño o anormal?

—Se lo explicaré, Southern. Y a ustedes también —añadió mirando a la pareja de reporteros—, para que comprendan a dónde voy a parar.

El profesor Rimmer hizo una breve pausa, no con interés efectista, sino para reunir sus pensamientos y concretarlos.

—Los testigos dicen que la víctima da primero señales de hallarse en apuros, que luego se inmoviliza y después se hunde en el agua. ¿Correcto?

Un gruñido general de asentimiento fue la respuesta a la pregunta de Rimmer, que prosiguió:

—A continuación aparecen los tiburones. Y fíjense ustedes bien en este detalle. Los escualos aparecen después de que la víctima se ha hundido. No antes…

—¿Y eso qué significa? —preguntó Xaviera.

—Sencillamente, que ellos no son los auténticos agresores — concluyó en tono triunfalista Rimmer—. Acuden a devorar una presa que han podido olfatear, pero ellos no la han atacado. ¿Comprenden ahora lo que eso puede significar?

Los reporteros se miraron sin encontrar respuesta a aquella pregunta. El biólogo por su parte frunció el entrecejo y quedó meditabundo. Y Rimmer finalizó su exposición:

—A mi juicio nos encontramos con una actuación doble. De una parte hay un elemento agresor que inmoviliza a la víctima y la pone a merced de cualquier depredador marino. De otra parte están los

tiburones. Pero, no sé bien por qué, presiento que la primera causa provocaría la muerte de la víctima sin necesidad de que interviniesen los tiburones. Estos se limitan, a mí juicio, a comer lo que se les sirve en bandeja.

Un silencio casi sepulcral acogió aquellas palabras.

Rimmer se volvió entonces hacia el fotógrafo que, al igual que Xaviera y Southern, también se había puesto en pie.

—Antes me preguntaba cuándo empezaríamos a trabajar. ¿No es cierto?

—Sí, pero…

—Yo le contesté que ya lo estábamos haciendo.

—Sí, claro. Sin embargo…

—Este nuevo hecho viene a confirmar algunas de mis anteriores ideas y creo que convendrá efectuemos una investigación directa, cuanto antes, en el lugar de los hechos. Pero antes no estará de más que hablemos con los testigos de este último presunto ataque de los escualos.

—¿Presunto? —inquirió Robert—. ¿Y la pareja muerta…?

—He dicho presunto ataque de escualos —significó el profesor—. Lo de las muertes es un hecho probado. Lo que falta por averiguar es por qué, quién, qué, hizo que esa pareja quedase a merced de la voracidad de los depredadores del mar.

Y, tras aquellas palabras, convencido de que los otros irían tras él, Rimmer se dispuso a abandonar el Brisbane Royal Club.

CAPÍTULO IV

CON las manos metidas en los bolsillos del pantalón, Joss Wallace estaba dando su acostumbrado paseo después de la comida. Tenía varias horas libres y solía utilizarlas estirando y desentumeciendo las piernas. Por su gusto habría cogido el bote e ido a pescar, pero el mar estaba un poco revuelto y optó por quedarse en el Pub del Red Guilty donde pensaba beber un par de cervezas de jengibre con los amigos antes de regresar al faro.

Caminaba en aquella dirección e iba silbando una vieja tonada marinera, igual que en sus buenos tiempos.

Wallace se había quitado las botas, que llevaba colgadas del ancho cinturón. De ese modo sentía en los pies el contacto frío, húmedo y estimulante de la arena.

El guardián del faro estaba enterado de las últimas muertes que se habían producido en aquel sector. Esas eran noticias que corrían más aprisa que un reguero de pólvora encendido.

«Las autoridades deben estar rabiando —pensó algo alegre puesto que a él, personalmente, le fastidiaba todo lo relacionado con el turismo —. Temerán que si esto se divulga no venga nadie este verano y les fastidie los planes de promoción… ¡Que se joroben! ¡Bastante nos tocan las narices esos condenados metome-en-todo que llegan en manadas y lo invaden todo sin dejar títere con cabeza!»

Sí, Wallace no podía considerarse como un hombre excesivamente sociable. El gustaba de la soledad y le molestaba profundamente que algo —alguien sobre todo— la perturbase,

Wallace se detuvo un momento y miró al mar. Estaba ligeramente picado y se veían muchas crestas de ola coronadas de espuma blanca, pero el resto se veía turbio, como si el agua estuviese trasegando tierra

de la playa al mar y viceversa.

—Mal día para bañarse… —opinó—, pero excelente para pasear.

Con renovada satisfacción, saboreando a sus anchas la soledad de la playa, el torrero reemprendió el paseo por la misma orilla, dejando que el agua laminase sus pies.

Wallace se fijó en que había montones de algas en varios sitios, a lo largo de la playa, evidentemente arrastradas hasta allí por el flujo de la marea.

Uno de aquellos montones atrajo la atención del torrero, por lo grande que era en comparación con los demás. Se acercó a él instintivamente, como si algo le empujase a hacerlo. La curiosidad tal vez… o una premonición.

A pocos metros del montón de algas creyó que éstas envolvían un pecio y avanzó para investigar.

Apoyándose en un pie, Wallace utilizó el otro para mover las algas hasta que sintió un contacto algo duro, viscoso, que le hizo apartar el pie presuroso.

El torrero se inclinó para mirar más de cerca y al instante sintió que se le revolvía el estómago.

Lo que Wallace estaba viendo era una cabeza de mujer y parte del tronco, sin ningún brazo. La cara estaba terriblemente desfigurada, como si algo, un depredador marino, la hubiese emprendido a mordiscos con ella. Y eso debía haber sucedido al ver que el nacimiento de los brazos aparecía desgarrado y la parte visible del tronco estaba convertido en un amasijo de carne.

Wallace no pudo contener por más tiempo sus náuseas. Giró el rostro y vomitó casi al lado mismo de los restos de aquella desdichada mujer, que, en vida, fue la sensual y apetecible Sheila.

También debía haber resultado apetecible para los tiburones a juzgar por lo que éstos habían dejado de ella, pero desde luego los escualos no habían gozado de sus encantos femeninos, tal y cómo pretendió hacerlo Irving cuando la acosó en el yate y, sin querer, la hizo caer al agua.

Todavía transcurrieron varios minutos antes de que Wallace pudiera rehacerse, calmar las convulsiones de su estómago y serenarse lo suficiente para decidir lo que había de hacerse en un caso tan desagradable como aquél.

Sin molestarse en calzar las botas, que continuó llevando sujetas al cinto, el torrero se encaminó a las casas más próximas a la playa. Sin

pensar ya para nada en el Pub del Red Guilty ni en la cerveza de jengibre.

«Necesito un teléfono… —se dijo mientras se alejaba del montón de algas y su macabro hallazgo—. He de avisar al Sheriff…»

La urgencia del momento le hizo apretar el paso y casi echó a correr, pese a lo difícil que le resultaba hacerlo por la blanda arena. De todos modos, al cabo de varios minutos llegó a las primeras casas y llamó a una de éstas para pedir que le dejaran utilizar el teléfono.

Antes de que hubiese transcurrido un cuarto de hora, el ulular de la sirena policial anunciaba la llegada del Sheriff.

* * *

Xaviera miró con cierta prevención las fotos obtenidas por su compañero. Robert había hecho un buen trabajo. Los positivos eran de excelente calidad y podían apreciarse claramente todos los detalles importantes.

Con demasiada claridad incluso.

Mientras sus desorbitados ojos permanecían como hipnotizados ante aquellas copias del macabro hallazgo de Joss Wallace, la periodista apenas si prestaba atención a lo que estaban hablando los tres hombres. El ictiólogo parecía estar discutiendo con Southern acerca de algunas particularidades de los tiburones. Por su parte, Robert se limitaba a escucharles silenciosamente pero muy atentamente.

—En nuestras últimas experiencias —decía Rimmer en aquel momento—, utilizamos la jaula antitiburones ideada por Cousteau y expusimos un maniquí de goma al ataque de los escualos. En cuanto al cebo que pusimos resultó lo bastante atractivo y convincente para provocar la aparición de un tiburón blanco, que se acercó con un cierto recelo pese a que se trataba de un ejemplar adulto y de considerable tamaño.

—Dice usted receloso… ¿Había algo en el maniquí que pudiese dar lugar a su prevención?

Rimmer negó con un ademán.

—No, profesor Southern. Todo en el maniquí era perfecto. Y ya le he dicho que el cebo también.

El biólogo marino se encogió de hombros, mientras su colega añadía:

—Debía ser un primario instinto de supervivencia lo que le ponía en guardia.

—Sí, quizá fuera eso, pero… dígame, Rimmer, ¿atacó el tiburón

blanco al maniquí? —Al principio y viendo su forma de comportarse creímos que no lo intentaría siquiera, pero luego nos sorprendió con un ataque directo, fulgurante, sin golpear y sin que pareciese tampoco que intentaba morder.

—¿Y qué pasó? —terció Xaviera, con los ojos brillándole por la curiosidad e interés. —Sencillamente, destrozó al maniquí. Cuando quisimos darnos cuenta de lo que ocurría le faltaba poco menos de la mitad. ¡El tiburón lo había seccionado limpiamente!

Ella hizo un gesto de horror y exclamó:

—¡Lo mismo podría haber hecho con un ser humano!

—Sí —admitió Rimmer—, pero con una diferencia.

—¿Cuál?

—La de que el maniquí no perdió ni una gota de sangre, en tanto que un hombre se habría desangrado completamente después de una mordedura como aquélla, con lo que la situación de la víctima habría sido peor todavía.

—¿Peor ha dicho? —intervino Robert S. Jong, incapaz de continuar en silencio por más tiempo.

—Sí, amigo. Eso es lo que he dicho.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que con la sangre hasta el más cobarde de los tiburones pierde la cabeza, comportándose a continuación como el más consumado de los asesinos.

Rimmer hizo una pausa valorando el efecto que sus palabras causaban en la pareja de reporteros y añadió:

—La sangre emborracha al escualo, tanto o más que el alcohol a los hombres. Y cuando alcanza lo que puede llamarse un grado máximo de frenesí muerde todo lo que encuentra y traga cuanto le sale al paso. Es como si se volviese loco.

El biólogo marino volvió a tomar la palabra.

—Si se trataba de un tiburón blanco el que atacó al maniquí no es extraño que procediese del modo que usted ha dicho, Rimmer. Y sobre todo si emplearon un cebo adecuado para despertar su apetito y excitar su furia.

—Desde luego era un tiburón blanco. De eso puede estar seguro. Y también de que el cebo utilizado era el más apropiado para el fin que nos proponíamos. La carnada que le ofrecimos para atraerle no era más que una parte del cebo. Como nos interesaba valorar su comportamiento de ataque respecto al maniquí, o sea un presunto

hombre, colocamos el resto de la carnada dentro del propio cuerpo del muñeco de goma, que de ese modo quedó impregnado de sangre cuyo olor hizo enloquecer al escualo.

Southern se acarició el mentón con aire ensimismado, como si se perdiera en sus cavilaciones. Luego, tal que si estuviera hablando consigo mismo en vez de hacerlo con los demás, dijo:

—Cuando las autoridades de Brisbane nos notificaron las primeras muertes y las achacaron a los escualos, lo primero que pensamos fue que podía tratarse de una manada de tiburones-tigre, azules o tal vez de peces-martillo. Sin embargo, a la vista de los restos de cadáveres que pudieron recuperarse en el mar o que llegaron a las playas, como los de hoy sin ir más lejos, llegamos a la conclusión de que sólo los tiburones blancos podían ser los causantes de tales desgarramientos o mordeduras.

—Los tiburones blancos… ¿no son esos a los que se llama «devoradores de hombres»? —preguntó Robert S. Jong, que no perdía detalle de lo que hablaban los dos científicos.

—En efecto —dijo el profesor Rimmer—, y tenga en cuenta también que el tiburón blanco es el único de los escualos que crece hasta alcanzar un tamaño considerable, lo que le convierte en un terrible enemigo para los seres humanos, siendo capaz de arrancar una pierna o decapitar a una persona de una sola dentellada.

Xaviera no pudo reprimir un gesto de miedo y de horror entremezclados, en tanto que el biólogo marino decía a su vez:

—Todo lo relativo al tiburón blanco es cierto, pero hay más todavía y es que existen otras especies de escualos que también son peligrosas para el hombre. Son las de aquellos que matan, de vez en cuando, cuando tienen hambre, si han sido molestados en su habitat o si han olido sangre.

El profesor Rimmer hizo un ademán, como si quisiera cortar la conversación o variar el curso de la misma.

—Todo eso está muy bien, es ilustrativo, pero no explica nada respecto a lo sucedido en estas aguas —insistió— Recuerden que, según los varios testimonios recogidos, no se produjo realmente un solo ataque de los escualos contra sus víctimas, sino que éstas ya debían estar ahogadas o ahogándose cuando uno o varios tiburones hicieron su aparición.

—Es cierto, pero nada nos asegura que un escualo no atacó bajo la superficie a su presa y la arrastró hacia el fondo, provocando con su

primera mordedura la emisión de sangre que atrajo a los demás tiburones.

—No seré yo quien niegue esa posibilidad —convino a regañadientes el profesor Rimmer—, pero considero que no estamos aquí para avanzar o establecer teorías sino para estudiar científicamente unos hechos.

—Claro que sí, profesor. En eso estoy plenamente de acuerdo con usted.

Rimmer correspondió con una cortés inclinación de cabeza a las palabras de su colega y añadió:

—Le he pedido al Sheriff que me remitiese el resultado de la autopsia parcial de los restos encontrados en la playa. Y, francamente, los estoy esperando con verdadera impaciencia.

—¿Qué espera encontrar en ese informe? —inquirió el fotógrafo con evidente curiosidad.

Rimmer se encogió de hombros.

—No lo sé ni yo mismo, pero presumo que la autopsia puede aclararnos algo respecto a lo que nos preocupa y quizá proporcionarnos alguna pista que nos permita al fin saber a qué atenernos.

Los labios de Southern se curvaron en una mueca, que parecía indicar cómo él no compartía las esperanzas de su colega, pero por respeto a éste se abstuvo de hacer el menor comentario.

En ese preciso momento efectuó su entrada en el salón del Brisbane Royal Club el agente Scott. Miró en torno, como si buscara a alguien y al ver a los científicos y los dos reporteros se encaminó a largas zancadas hacia su mesa.

El agente Scott llevaba en la mano derecha un sobre que ofreció al profesor Rimmer, diciéndole en tono calmoso:

—El Sheriff me ha mandado traerle esto.

—¿Son los resultados de la autopsia?

—Creo que sí, profesor Rimmer.

—Deme…

—¿Desea algo más, profesor?

—No. Ofrezca mis saludos al Sheriff y dele las gracias en mi nombre y el de mis compañeros.

El agente saludó retirándose unos segundos después.

Southern abrió presuroso el sobre y, luego de leer el informe del forense, se lo pasó a su colega el ictiólogo, acto sobradamente expresivo. Rimmer lo leyó a su vez y frunció el entrecejo, sumiéndose

en cavilaciones de las que le sacó la voz un tanto irritada de Robert S. Jong.

—¿Quiere decirnos alguno de ustedes qué demonios pone ese informe?

—Léalo usted mismo —contestó Rimmer, haciendo ademán de pasarle el pliego.

—No, gracias —dijo el fotógrafo rechazándolo—. Si no le importa, preferiría que usted nos lo explicara en forma que sea inteligible. Xaviera y yo no estamos muy al corriente de cierta terminología médica y lo que a ustedes puede parecerles más claro que el agua, a nosotros nos resultará poco menos que un galimatías indescifrable.

Rimmer sonrió levemente y respondió:

—En síntesis y en lenguaje popular viene a decir que aunque la víctima fuese parcialmente devorada por uno o varios escualos…

—¿Parcialmente? —repitió Xaviera interrumpiéndole horrorizada—. ¡Pero si el torrero no encontró ni la mitad del cuerpo!

Con todo el profesor Rimmer replicó:

—Por eso especifica el informe que se trata de algo parcial. De haber sido totalmente devorada la víctima no habríamos encontrado nada de ella. ¡Absolutamente nada!

A pesar suyo Xaviera se estremeció, mientras el ictiólogo, en tono casi académico, añadía:

—De hecho hemos tenido la suerte de que entre los restos encontrados figurase precisamente la cabeza.

—¡Y a eso le llama suerte…!

Haciendo caso omiso de la exclamación de la escandalizada periodista, Rimmer siguió hablando.

—Así, al practicar la autopsia craneal han podido apreciar rastros de veneno, lo que nos lleva a pensar en una posible inoculación que provocase la muerte de la víctima estando en el agua.

Southern intervino entonces para hacer una aclaración:

—Los efectos del veneno causarían la progresiva paralización de esa mujer, empezando precisamente por desactivar sus funciones cerebrales y así, una vez paralizada, se hundiría en el agua, quedando entonces a merced de los depredadores del mar.

—Lo cual —proclamó Rimmer enfático—, descarta por completo a los tiburones como responsables primarios y directos de la muerte de esas personas, así como de aquellas otras en las que se den las mismas particularidades.

Robert miró atónito a ambos científicos.

Tanto Rimmer como el biólogo marino mostraban igual satisfacción en su actitud. Era como si considerasen que ya habían resuelto el problema que tanto parecía preocuparles minutos antes.

—¿Tratan ustedes de hacemos creer que los tiburones no mataron a nadie?… ¡Eso es absurdo!

Southern hizo un gesto de apaciguamiento.

—Por favor, amigo —le dijo—. No se ponga usted melodramático. Eso no conduce a nada.

—Pero es lo que ustedes indican…

El profesor Rimmer se apresuró a atajarle.

—No ha entendido lo que Southern y yo hemos dicho.

—¿No?… En ese caso hablen más claro —pidió él con tono un tanto sarcástico—. Si no fueron los tiburones… ¿qué o quién fue?

—¡Ahí está el quid de la cuestión! —declaró Rimmer triunfalmente —. Ahora tenemos constancia de que los escualos despedazaron y devoraron parcial o totalmente a sus víctimas, pero no las atacaron mientras estaban vivas sino que lo hicieron después, cuando de resultas de los efectos de un veneno habían quedado paralizadas.

Xaviera tragó saliva antes de formular la pregunta que le quemaba los labios.

—Y si no son los tiburones los culpables de esas muertes, ¿no seguirán investigando ya?

Southern respondió presuroso:

—¡Oh, no! ¡Nada de eso!

—¿Entonces…?

—El hecho de que sepamos que los tiburones no fueron los auténticos causantes de las muertes que se les han cargado en cuenta no ha resuelto aún el problema.

—Así es —terció Rimmer—. Nos queda por dilucidar el punto más importante de la cuestión.

Y, con tono enfático, concluyó:

—Nos falta averiguar qué fue la causa real de todas esas muertes. ¿Comprenden?

Xaviera respondió con una afirmación apenas audible, en tanto que Rimmer se encaraba con su colega.

—¿Está de acuerdo conmigo, Southern?

—Naturalmente. Pero me gustaría saber qué piensa ahora de todo

esto, cuál es su opinión al respecto.

Rimmer se encogió levemente de hombros, mientras el biólogo marino añadía:

—Por mi parte, yo pienso que, sin descartar otras posibilidades, claro está, deberíamos tener en cuenta la existencia en esta zona del pulpo manchado australiano.

—¿Cree usted que él puede ser el responsable primario de las muertes?

—Es posible que sí.

—Yo no le considero el elemento idóneo para algo parecido. Es muy pequeño y…

—Cierto, es muy pequeño —convino Southern, atajando a su colega y agregando—: pero su veneno es muy activo y la inoculación de éste en un ser humano puede tener efectos mortales para la víctima, sobre todo estando en el agua.

—No niego esa posibilidad —replicó Rimmer moviendo la cabeza con gesto dubitativo—, pero como usted mismo ha dicho es un animal muy pequeño y no creo que ese pulpo tenga un veneno tan sumamente activo y eficaz como para provocar una parálisis cerebral en un espacio de tiempo tan corto como el que nos indican las declaraciones de los testigos de varias de las muertes.

Southern se mordió el labio inferior, visiblemente molesto porque su colega le hubiese llevado la contraria. No perdió sin embargo su habitual compostura y, como buen jugador, practicante del fair-play en todos los terrenos, aceptó la oposición del profesor Rimmer, diciéndole:

—Habiendo llegado a este punto, creo que lo mejor será efectuar una exploración concienzuda de la zona en que se han producido todas estas muertes.

—Pienso lo mismo —declaró Rimmer muy solemne.

—De todos modos habría que establecer un sistema para realizar un examen progresivo, sobre todo si se considera la amplitud de la zona a investigar.

—Yo sugeriría empezar precisamente por el sector marítimo en donde murieron las cuatro últimas personas. Curiosamente están muy próximos los sitios en cuestión.

—Se refiere a los jóvenes amigos de Wins y a la pareja del yate, ¿verdad?

—Exacto, Southern.

—¿Lo propone por ser las víctimas más recientes? —preguntó

entonces el fotógrafo.

—En parte sí —replicó Rimmer—, pero también porque los testigos de ambas acciones coinciden en todos los detalles de previa desaparición de los sujetos y a la que siguió la llegada de los escualos.

—En ese caso no hace falta hablar más —declaró Robert—. ¿Cuándo empezamos el trabajo?

—Mañana mismo… si no hace mal tiempo —contestó Rimmer— por lo que le aconsejo se vaya a descansar porque nos espera un día que puede ser muy penoso.

—Conforme —dijo Robert poniéndose en pie, y volviéndose hacia Xaviera, preguntó—: ¿Vienes tú también a descansar?

A la mujer le brillaron los ojos al responder:

—Desde luego, Bob. Creo que un poco de descanso no me vendrá nada mal. ¡Hasta mañana, caballeros! —añadió saludando a los dos científicos con un gesto amistoso.

Y, enlazados por la cintura, la pareja de reporteros abandonó el Brisbane Royal Club.

CAPÍTULO V

AL quedar solos, Southern y el ictiólogo se enzarzaron en una discusión acerca de los elementos de la fauna oceánica que tenían su habitat en la zona de Brisbane y que podían ser los responsables primarios de todas aquellas muertes.

—Una vez más se demuestra que no todo lo que se les achaca a los escualos es cierto —rezongó Rimmer.

El biólogo marino hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero no podemos negar que la participación de los tiburones ha sido más que decisiva.

—Eso es decir mucho. Yo no iría tan lejos.

—¿No?

—Claro que no. Las víctimas de «lo que sea» habrían muerto igualmente. La parálisis cerebral, impidiéndoles todo movimiento, evitaría que pudiesen hacer nada para salvarse. No pudiendo nadar se ahogarían.

Y de no haber habido escualos en la zona…

—Pero los hay.

—Sí, efectivamente, los hay. Pero insisto en que las víctimas habrían muerto también, por ahogo.

Rimmer pegó con el puño en la mesa y añadió:

—Los pobres tiburones son inocentes de las muertes que se les imputa.

Southern rio abiertamente.

—Hombre, tanto como inocentes…

—Sí, ¡inocentes!

Y, mirándole con fijeza, Rimmer añadió:

—¿Responsabilizaría usted a un hambriento de que comiese si alguien ponía al alcance de sus dientes un plato de sabrosa y apetitosa carne?… Yo no, desde luego.

—Y yo tampoco,

—En ese caso, ¿a qué viene decir que los tiburones fueron los asesinos de esas personas cuando lo único que hicieron fue limitarse a comer lo que estaba a su alcance como un maná providencial?

—Tiene razón, profesor, pero…

Rimmer enarcó una ceja y miró interrogativamente a su colega.

—¿Pero… qué?

—Creo que debería evitar semejantes comentarios delante de según quién. No le comprenderían.

—¿Se refiere a alguien en particular?

—Sí. A nuestra amiga Xaviera.

—¿Por qué a ella?

—Porque de haberle oído ahora se habría puesto histérica.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro de ello.

Southern vio en los ojos de su colega una expresión de incredulidad y se apresuró a explicar su punto de vista.

—Recuerde cómo saltó cuando usted dijo aquello de que el informe ponía «parcialmente devorada».

Rimmer emitió un gruñido, sin pronunciar palabra, en tanto que el biólogo seguía diciendo:

—Xaviera palideció como si la muerta fuese ella misma. Y si a eso se le añade que puede temer por la integridad física o por la vida de su compañero…

—Bueno —rezongó Rimmer dando el brazo a torcer—, si usted lo piensa así me abstendré de todo comentario de ese tipo delante de nuestra preciosa amiga. Y ahora —añadió con gesto grave—, lo mejor será, si le parece bien, que hablemos sobre la mejor manera de realizar la investigación submarina. Nos quedan pocas horas hasta mañana para tenerlo todo a punto y que no haya ningún fallo.

Southern hizo un gesto de asentimiento.

Minutos después ambos científicos volvían a enfrascarse en una nueva discusión, sólo que en esa ocasión era respecto a los detalles y particularidades de la exploración que iban a realizar en una zona de la cual lo menos que podía decirse es que era mortal.

Mortal por la presencia de escualos devoradores de hombres. Y mortal también por la existencia de algo —no sabían aún qué— capaz de paralizar las funciones cerebrales y motrices del ser humano.

* * *

Cuando entraron en la habitación del hotel, Xaviera se apresuró a cerrar la puerta y se abrazó a Robert. Él le correspondió con idéntica fogosidad.

Los dos parecían estar hambrientos de placer.

Sin dejar de besarse fueron acercándose a las camas que se les ofrecían acogedoras.

Robert la ayudó a desvestirse, se desnudó a su vez, la abrazó con mayor fuerza y la tendió en su propia cama.

La tensión que les dominaba a ambos se concretó en aquel abrazo posesivo y apasionado, uniéndose carne con carne, como si cada cual tratase de recuperar una parte de su cuerpo que hubiese extraviado con anterioridad.

Los dos permanecieron estrechamente enlazados, fundidos casi, agitándose en convulsiones placenteras o estremeciéndose a ramalazos, como sacudidos por descargas eléctricas que nacían en su interior y se extendían por todo el cuerpo hasta aflorar a los poros de sus pieles enfebrecidas.

La unión de ambos se consumó una vez, con cierta premura, pero el ansia de gozar era tan fuerte que no rompieron por ello el abrazo y continuaron así hasta que, recobradas las fuerzas, dominados por la violencia de aquel instinto primario, volvieron a agitarse en sacudidas e impulsos que culminaron con una explosión de placer que les hizo gritar a ambos en el momento culminante.

El silencio llegó después.

Y la calma.

Los dos estaban vacíos y extenuados, pero rebosantes de una maravillosa sensación de complacencia.

Robert seguía abrazado a la mujer cuando cerró los ojos y se quedó dormido.

Ella no cerró los ojos ni se durmió.

Por la mente de Xaviera desfilaban imágenes horribles, de cuerpos despedazados, de tiburones hambrientos abriendo sus enormes bocazas pobladas de dientes afilados…

Ella apartó el brazo de Robert con cuidado, para no despertarle, deslizándose luego hacia un lado para sentarse en la cama. Miró con

satisfacción al durmiente y, con la sonrisa en los labios, se inclinó sobre él para besarle en la mejilla.

Robert emitió un suave gemido, de placer, como si saborease en sueños aquella caricia. Pero continuó durmiendo.

La mujer se levantó de la cama y, luego de sacar un cigarrillo del paquete que había sobre la mesilla de noche, lo encendió y fue hasta la ventana.

Xaviera miró al cielo, deseando que el tiempo empeorase para que así tuviera que suspenderse la exploración submarina del día siguiente. Sabía que en el curso de ésta, o por lo menos así lo imaginaba, Robert se pondría en peligro inminente de muerte. Suponía también, muy acertadamente, que los dos científicos le reservarían a ella el papel menos peligroso en la investigación.

—Claro… como soy mujer…

Por su aspecto, el cielo le indicaba que el día siguiente sería de los mejores, soleado y tranquilo.

Un día ideal para hacerse a la mar y pasar muchas horas navegando o bañándose.

Un día apropiado también para morir.

Esta idea perturbó a Xaviera que volvió a mirar al fotógrafo. Robert dormía boca arriba, respirando pausada y plácidamente, emitiendo de vez en cuando suaves ronquidos que a ella le hacían sonreír. La mirada de la mujer recorrió el cuerpo desnudo de Robert, expuesto totalmente a su vista, sin que la sábana le cubriese ni siquiera parcialmente.

—Es hermoso, y todo un hombre…

En el corto espacio de un minuto, Xaviera recordó cómo se habían conocido, bromeando primero e intimando después, y cómo él la sorprendió cuando hicieron el amor.

«Fue tierno y fogoso a un tiempo… dulce y cariñoso, pero también dominante…»

Xaviera continuó mirándole con evidente satisfacción. Con él se sentía realizada como mujer, como amante… Por eso mismo le aterraba la idea de perderlo.

Y eso era lo que podía suceder al día siguiente cuando se enfrentara con los indudables peligros que les aguardaban en aquel maldito océano donde ya se habían producido varias muertes.

Con gesto de rabia, Xaviera aplastó el cigarrillo —aún mediado— contra el cenicero.

Desnuda como estaba, la mujer anduvo unos pasos por la habitación,

sin saber qué hacer. En otras circunstancias se habría acostado y procurado dormir. Sabía que necesitaba descansar y así se lo había recomendado el profesor Rimmer, pero…

La sensación de inseguridad y de peligro inminente era demasiado fuerte para que pudiese alejarla de su mente como habría sido de desear. Sobre todo porque aquélla atañía más a Robert que a sí misma. En lo que a ella se refería no sentía tantos temores, pero pensando en Robert la cosa cambiaba… ¡y mucho!

Movida por un impulso instintivo, Xaviera volvió a la cama y, al acostarse, se abrazó a Robert susurrando en voz baja:

—Estréchame con fuerza entre tus brazos… Ámame… Retenme a tu lado y hazme gozar… quizá por última vez.

Este pensamiento acrecentó sus ansias de amar y apretó su cuerpo contra el durmiente, con avidez, casi con desespero.

Pero Robert no se despertó.

Y al fin, sin romper aquel abrazo, Xaviera cerró sus ojos y el sueño se apoderó de ella.

Los suyos no fueron sin embargo unos sueños tranquilos. Se veía dentro de un batiscafo, mirando a través de un enorme y transparente ojo de buey, viendo cómo Robert se debatía en el fondo el océano, pugnando por escapar al acoso de tres enormes tiburones blancos, cuyas enormes bocazas se abrían, y se abrían, mostrando los afilados dientes dispuestos a devorar al hombre que se había convertido en fácil presa para ellos.

Xaviera le oía gritar a él cada vez que un tiburón le mordía y le arrancaba un miembro de su cuerpo. Oía reír también a los tiburones…

Sí, los tiburones reían como si fueran humanos. Xaviera se veía golpeando las paredes del batiscafo, rechazando a los científicos que trataban de sujetarla y que le gritaban iba a ponerlos a todos en peligro de morir.

Morir…

¿Qué le importaba a ella que muriesen los otros si Robert acababa de ser devorado ante sus mismos ojos?

Pero cuando se rompió el batiscafo, entró el agua y tanto ella como los científicos quedaron a merced de los tres tiburones blancos, gritó despavorida.

Xaviera despertó en ese momento, sobresaltada y bañada en sudor. Se incorporó en la cama, sentándose, y miró a Robert.

Continuaba durmiendo.

—Ha sido sólo una pesadilla —murmuró—. ¡Una espantosa y terrible pesadilla!

Pero luego, mientras se ponía en pie, pensó:

«¿O ha sido quizás una premonición?»

Angustiada al máximo, Xaviera pasó al cuarto de baño y se metió bajo la ducha. Buscaba en el chorro de agua fría un lenitivo para su desazón y malestar.

«Dicen que los sueños son mensajes oníricos del más allá, unos avisos de algo que está por venir… En ese caso, si eso es cierto, lo mejor sería aplazar para otro día esa exploración… ¡Maldita sea!»

La voz de Robert, llamándola, cortó el hilo de sus pensamientos. Forzó una sonrisa, y trató de mostrarse animosa al contestarle.

—Estoy duchándome, Bob.

Luego, en tono incitante, añadió:

—¿Vienes a ducharte conmigo?

Él se había levantado y apareció en el umbral.

Los ojos del hombre contemplaron el hermoso y seductor cuerpo de Xaviera, que parecía una Venus rediviva bajo el chorro de agua de la ducha.

—No me atrevo… —confesó Robert.

—¿No?… ¿Por qué?

—Sería incapaz de estar a tu lado y de contenerme. ¡Haría el amor contigo ahí mismo!

Ella le dirigió una sonrisa embrujadora.

—¿Y quién te lo impide… tonto?

—Nuestros amigos los profesores Rimmer y Southern.

—¿Ellos? ¿Cómo?

—Porque ya deben estar esperándonos. ¿O es que no sabes la hora que es?

Xaviera movió la cabeza negativamente y salió de la ducha.

—No. No lo sé.

—Pues es hora de estar ya en el embarcadero. Dijeron que a las ocho nos esperaban allí. Anda, déjame tomar una ducha —añadió él pasando por su lado y rechazándola con suave firmeza—. Mientras, pide que nos suban el desayuno y vístete. De otro modo el camarero puede sufrir un infarto de miocardio.

—¿Y si viene una camarera? —preguntó ella con picardía.

Robert le amenazó con el dedo.

—No la dejes pasar al cuarto de baño —dijo irónico—. La pobre recibiría tal impresión que, o le daba un síncope, o se me echaba encima para devorarme como si fuese un tiburón.

Las palabras de Robert, aun dichas en tono jocoso, hirieron a Xaviera en lo más íntimo de su corazón. Los recuerdos de aquella horrible pesadilla que acababa de vivir se agolparon en su mente haciéndola estremecer de pánico.

Ella no pensó ya en bromear y se dispuso a hacer lo que Robert le había encargado.

Minutos más tarde, ya vestidos, ambos desayunaban en su habitación con cierta celeridad. Después, Robert cargó con su maletín, en el que llevaba todo el equipo fotográfico, y ella recogió su cartera de mano, saliendo juntos de la habitación, pero sin apenas cruzar palabra.

Diez minutos después de la hora fijada, los reporteros llegaban al embarcadero donde les estaban aguardando los profesores Rimmer y Southern, con el patrón del yate que habían alquilado para realizar las investigaciones, y en cuya cubierta podía verse un enorme aparato metálico, de forma ovoide, que tenía un cierto parecido con un submarino diminuto.

Era el batiscafo en el que descenderían al fondo del océano.

—¿Ya están todos? —preguntó el patrón del yate al profesor Southern.

—Sí.

—En ese caso suban a bordo. La tripulación está en sus puestos y podremos levar el ancla inmediatamente.

Instantes después el Sea's Tramp, el «Vagabundo del Mar», ponía proa al mar abierto y abandonaba el puerto de Brisbane.

CAPÍTULO VI

ERAN varias las razones que habían movido al biólogo marino a proponer al profesor Rimmer el Sea's Tramp para realizar la investigación proyectada.

Se trataba de un yate a motor, de veinticinco metros de eslora, destinado habitualmente a hacer recorridos turísticos por la costa, en combinación con una agencia, y también solía alquilarse a millonarios deseosos de presumir fotografiándose al lado de un tiburón o de un pez martillo pescado por ellos mismos.

Esta última circunstancia hacía que el Seas Tramp contase con una jaula antitiburones, un compresor y la oportuna cámara de descompresión, aparte de la conveniente sonda gráfica para localizar fondos.

A eso se unía que la tripulación, mandada por un veterano patrón, conocía a la perfección la zona en que debían trabajar. En cuanto al propio capitán del yate, Eric Chapman, podía decirse de él que había echado los dientes en el mar y que aprendió antes a nadar que a caminar a gatas.

Una vez se hubieron alejado del puerto, los dos cien tíficos mostraron al capitán del yate la zona que pensaban explorar, señalando en la carta geográfica marina el sitio donde se habían producido las últimas muertes.

—Como puede usted ver, Eric —dijo el ictiólogo—. Los dos puntos están relativamente próximos.

—Sí, y hay más aún, la corriente submarina las enlaza en dirección sudoeste.

—Eso está de acuerdo con mis propias ideas —comentó Rimmer frunciendo el entrecejo—. Lo que haya causado la paralización previa

de las víctimas de los tiburones podrá aflorar a la superficie del mar, pero creo que debe tener su habitat abajo, probablemente en el fondo, y debe estar moviéndose a favor de la corriente y avanzando por tanto en dirección a la costa de Brisbane.

El biólogo marino hizo un gesto de asentimiento.

—Su razonamiento me parece correcto —opinó Southern—, Y por eso mismo convine, para evitar mayores males, que descubramos lo antes posible al causante de tales muertes.

Ante la mirada expectante del patrón del yate, el biólogo marino añadió en tono preocupado:

—Si no lo hacemos así, me temo que las muertes registradas hasta ahora no serán más que un pequeño anticipo de lo que puede suceder si nuestro enemigo… Lo que sea, llega a las playas. ¡Ahí sí encontraría víctimas en abundancia!

Eric Chapman escuchaba a los dos científicos con suma atención, sin por ello dejar de estudiar la carta marina.

Luego de oír el último comentario de Southern, el patrón del Sea's Tramp se decidió a tomar la palabra.

—¿De qué manera piensan llevar a cabo su trabajo? ¿Utilizarán la jaula antitiburones?

Rimmer movió la cabeza negativamente.

—No lo creo conveniente.

—Le aseguro que es de las mejores —dijo Chapman.

Eso no lo pongo en duda, pero…

El ictiólogo hizo una pausa y añadió:

—Si tuviéramos que habérnoslas sólo con escualos sería diferente, pero sabemos que ellos no son más que el elemento secundario de esas muertes. No, amigo Eric. Hay que descartar esa jaula.

—¿Entonces… qué?

—De entrada utilizaremos el batiscafo.

Southern emitió un gruñido de satisfacción, aprobando aquella medida, acerca de la cual él y Rimmer estuvieron discutiendo la noche anterior casi dos horas.

—Hemos de considerar —dijo— la posibilidad de que el elemento que inocula el veneno, causa de la paralización, es de una naturaleza que nosotros ignoramos todavía. Puede tratarse del pulpo manchado australiano…

Rimmer se encogió de hombros, elocuente y despectivamente. El biólogo hizo caso omiso de aquel gesto y siguió hablando:

—… y aunque sea de pequeño tamaño podríamos verle con bastante facilidad, evitándolo en consecuencia.

—Sí, pero puede tratarse de alguna otra cosa menos fácil de descubrir o de detectar su presencia —intervino Rimmer—, y en ese caso quizás en la jaula no estaríamos a salvo de su ataque. No podemos correr ningún riesgo innecesario y por ello el profesor Southern y yo nos hemos decidido por iniciar el trabajo con el batiscafo.

—Después, una vez hayamos efectuado una primera exploración y sepamos un poco a qué atenernos —añadió el biólogo marino—, entonces quizás utilicemos la jaula, pero debemos asegurarnos que ninguno de nosotros arriesga la vida cuando hay constancia de que el peligro puede ser tremendo para una considerable cantidad de personas.

Xaviera, que acababa de entrar en la cabina con el fotógrafo, a tiempo de oír las últimas palabras, mostró también su aprobación a aquella medida y dejó escapar un suspiro de alivio.

Robert, por su parte, se limitó a preguntar:

—¿Falta ya mucho para que lleguemos a la zona de operaciones, caballeros?

El patrón se volvió hacia él y, señalando la carta marina, respondió escuetamente:

—Estamos llegando al primer punto señalado por el profesor Rimmer. Dentro de diez minutos como máximo habremos alcanzado el objetivo.

—Bien. En lo que a mí respecta ya estoy preparado y lo tengo todo a punto.

—No se impaciente, Jong —le dijo el ictiólogo—. Dentro de muy poco estaremos en el sitio fijado y bajaremos al fondo.

—Ardo en deseos de hacerlo —replicó Robert.

—No lo dudo —terció Southern—, pero le aconsejo que no se ponga nervioso antes de tiempo. Ahora lo único que podemos hacer es esperar.

—Bien, en ese caso iré a cubierta. Prefiero hacerlo allí a continuar en esta cabina.

—Hace bien —comentó Rimmer—. ¡Ya tendremos tiempo más que suficiente para cansarnos de estar encerrados en el batiscafo!

Robert curvó los labios en una mueca. Volviéndose luego hacia Xaviera, le preguntó:

—¿Te vienes conmigo?

Ella dudó un instante, pero luego hizo un gesto afirmativo y marchó tras él diciendo:

Yo también prefiero esperar en cubierta. Tomaré un poco el sol hasta que llegue el momento de empezar a trabajar. Por suerte hace un día espléndido.

En efecto, la mañana era soleada, sin la menor sombra de nubes en el cielo y un mar tranquilo y tan calmo que parecía imposible que en su seno pudiera acechar la muerte.

Y, sin embargo, era así.

La muerte —bajo una forma aún ignorada por los expedicionarios— acechaba en las profundidades del océano.

O en la misma superficie…

La proa del Sea's Tramp seguía surcando el mar, cortando el agua y levantando grandes salpicaduras de espuma, que luego se unían detrás de la popa para unirse a la estela dejada por el yate en su rápido navegar.

De pronto se oyó la voz de Ric Chapman que gritaba:

—¡Stop! ¡Parad el motor!… ¡Hemos llegado!

Un súbito silencio pareció envolver a la embarcación que se detuvo paulatinamente, igual que un enorme cetáceo necesitado de reposo o como si se pusiera al acecho de una presa.

Lo último era, precisamente, lo que más se ajustaba a la realidad del momento. El «vagabundo del mar» estaba allí para que algunos de sus ocupantes pudieran dar con el peligroso asesino que se escondía en las profundidades.

El yate quedó completamente parado, meciéndose en aquel mar tan tranquilo y calmo, inmovilizado en el mismo lugar en donde un par de días atrás un hombre y una mujer habían encontrado una muerte horrible y sus cuerpos habían sido despedazados y devorados total o parcialmente por los tiburones.

* * *

Dos de los tripulantes del yate sacaban por una escotilla el material depositado a bordo por orden de los dos científicos. Lo iban colocando al lado del batiscafo para llevarlo después al interior de éste.

Rimmer verificaba personalmente el contenido de cada una de las cajas y, tras haber dado su visto bueno, el material era metido en el batiscafo.

Al lado del ictiólogo, Southern estaba vigilando a su vez que todo se hiciese como era debido.

En menos de un cuarto de hora la cubierta de popa del Sea's Tramp se convirtió en una especie de exposición del más diverso material necesario para la exploración submarina, trajes de goma, pies de pato, reguladores de presión, relojes de profundidad, lámparas a pilas, lentes submarinos, cinturones con pesas, machetes con gruesos mangos de goma, bastones eléctricos…

Robert señaló a estos últimos y preguntó al ictiólogo:

—¿Ha comprobado el funcionamiento de las «varillas mágicas», profesor?

El aludido se volvió hacia él con cara de sorpresa.

—¿Varillas mágicas?… ¿A qué se refiere?

Luego, fijándose en lo que estaba señalando el fotógrafo, soltó una carcajada.

¡Ah! Se refiere a los bastones eléctricos de seguridad… Sí, tanto Southern como yo los hemos probado varias veces antes de que ustedes llegasen.

—¿Y funcionan?

—¡Ya lo creo! —contestó entusiasmado—. Funcionan de maravilla y le aseguro que pueden sernos muy útiles porque tienen un mando para graduar los efectos de las descargas. La intensidad de éstas podrá detener, atontar o matar al mayor de los escualos.

Robert emitió un suspiro de alivio.

—Eso resulta muy tranquilizador.

—¿Y usted? —preguntó a su vez Rimmer—. ¿Tiene todo su equipo a punto?

—Naturalmente. Y también lo revisé antes de ir al embarcadero. Descuide que no dejé nada en el hotel. —Me alegra oírle.

Mientras hablaban se les había acercado el patrón del yate. Un tanto sorprendido por lo que acababa de oír y fijándose mejor en el equipo que se estaba subiendo al batiscafo, preguntó a Rimmer:

—¿No me dijo que no utilizaría la jaula antitiburones porque no sabía lo que pudo causar la muerte de las víctimas anteriores?

—Sí, eso fue lo que le dije.

—Entonces… ¿para qué esos equipos de buceo?

Rimmer rio.

—Son para utilizarlos… en el caso de que comprobemos que el peligro no es de naturaleza tal que nos impida salir del batiscafo. Pero sólo en ese supuesto.

—¡Ya…!

El capitán Chapman se hizo a un lado y, durante unos instantes observó cómo se efectuaba el traslado de la impedimenta al interior del batiscafo. Después se volvió a mirar al marinero que había situado como vigía y le gritó:

—¿Ves algo sospechoso, Harvey?

—Nada, capitán. El mar, hasta la línea del horizonte, está completamente limpio.

—¿Ningún tiburón a la vista?

—Ninguno, capitán.

—¿Estás seguro, Harvey? —insistió Chapman.

—¡Seguro, capitán!

—Bien… Mantén los ojos bien abiertos y avisa inmediatamente si ves algo extraño.

—Lo haré, capitán. Descuide.

Eric Chapman gruñó algo ininteligible entre dientes, pero acabó encogiéndose de hombros y volviendo con los demás para observar el traslado del material.

Ya estaban terminando.

Pocos minutos después no quedaban en cubierta más que algunas cajas vacías. El patrón del yate ordenó a dos de sus hombres que las quitasen de en medio para que no estorbasen.

Los dos científicos y los reporteros se habían reunido junto al batiscafo, delante de la escotilla.

Xaviera dirigió una mirada en torno suyo y, encarándose con el profesor Rimmer, preguntó:

—¿Está usted seguro de que éste es el sitio más idóneo para iniciar la investigación?

El ictiólogo asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, lo estoy. Y Southern —añadió señalando al biólogo marino—, también está de acuerdo conmigo.

El aludido intervino a su vez:

—Anoche, después de que ustedes se fueron, Rimmer y yo estudiamos minuciosamente la carta marina de esta zona y comprobamos que todas las muertes o desapariciones se han registrado en forma ordenada y casi paulatina en sectores determinados entre el litoral y la gran barrera de coral.

—Y otro dato que tuvimos muy en cuenta —indicó el ictiólogo—, y

no debe echarse en olvido ni en saco roto, es que todo se ha producido en la dirección de las corrientes dominantes y siempre a partir de esta zona en que ahora nos hallamos.

—Por esa razón —añadió Southern a su vez—, es por lo que acordamos venir aquí, al nordeste de la isla Flinders y a la altura del Cabo Howe, con el pleno convencimiento de que en este lugar debe estar la solución al problema.

—Además, hay un detalle muy importante que, por lo visto, olvidamos mencionar a ustedes antes de que se separasen de nosotros en el Club —dijo el profesor Rimmer mostrándoles la carta marina—. Según los últimos sondeos efectuados a lo largo de la gran barrera de coral y zonas adyacentes, en este sector existe una depresión bastante amplia y a unos mil metros de profundidad, lo cual es otra de las razones que nos han movido a utilizar el batiscafo y no la jaula antitiburones.

Robert frunció el ceño e inquirió:

—¿Han verificado lo de esa depresión?

—Naturalmente, querido amigo —sonrió Southern—. Algo así no podía descartarse. La sonda gráfica ha servido precisamente para que el capitán Chapman situase su yate precisamente encima de ella, en una vertical exacta.

El fotógrafo dejó escapar un gruñido y rezongó:

—Bien, en ese caso, si todo ha sido ya comprobado… ¿a qué estamos esperando para bajar?

Rimmer sonrió aceptando el velado reproche que se encerraba en las palabras del impaciente Jong. El profesor se volvió hacia el capitán Chapman para consultarle con la mirada. El patrón del yate se limitó a contestar con un gesto de asentimiento.

—Tiene usted razón, Jong —dijo el ictiólogo—. No tenemos que esperar nada más. ¡Entremos en el batiscafo y que la suerte nos acompañe!

Haciéndose a un lado, con un gesto que podía parecer versallesco y parecía más propio de un salón que de la cubierta de un yate como el «vagabundo del mar», el profesor invitó a Xaviera para que pasase la primera.

—Las damas delante, por favor.

La periodista no se hizo de rogar. Correspondió con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza a la invitación de Rimmer y entró en el batiscafo, seguida por Robert y el profesor Southern.

El ictiólogo se retrasó unos instantes para hablar con el capitán Chapman.

—Usted se encargará de mantener el batiscafo bajo continua observación. En la pantalla podrá seguir todos nuestros movimientos y así sabrá en cualquier momento dónde nos encontramos con exactitud, ¿De acuerdo?

—Sí, profesor, pero… ¿no mantendrá también el contacto por radio?

—Desde luego. La conexión estará abierta en todo instante. Así podrá escuchar desde su cabina cuanto hablemos y estará al corriente de lo que suceda abajo.

—Perfecto.

—Confío que todo saldrá bien…

—Vaya tranquilo, profesor. A bordo estaremos todos pendientes de ustedes.

Rimmer se disponía a entrar en el batiscafo, pero se detuvo para hacer una última recomendación al capitán.

—¡Ah, se me olvidaba…!

—¿Hay algo más, profesor?

—Sí. Y considero que es muy importante.

—Diga, profesor.

El tono de Rimmer se hizo grave al hablar:

—Tiene que prohibir de manera terminante a todos sus tripulantes que se bañen en este lugar, en tanto y cuanto nosotros no sepamos a qué atenernos con exactitud sobre la naturaleza del peligro que hay en él. —Se lo prohibiré, profesor. Cuente con ello.

—Me consta que una orden así puede contrariarles —añadió Rimmer con una sonrisa, como disculpándose—, porque el día es caluroso y ha de apetecerles tomar un baño, pero… usted ya sabe lo que les ocurrió a las dos últimas personas que, precisamente aquí, tuvieron la mala suerte de caer al agua.

Chapman tragó saliva antes de responder.

—Lo sé muy bien, profesor. Y también mis hombres. Esté seguro de que ninguno tendrá la mala ocurrencia de darse una zambullida, y menos después de prohibírselo. —Gracias, Chapman. Después de oírle me marcho mucho más tranquilo. Le confieso que, en el fondo, tenía algunos temores o reservas, pero si usted me lo asegura… —Ya le dije que no se preocupase, profesor —aseguró Chapman—. La tripulación del Sea's Tramp está formada por gente escogida y es de lo más disciplinada que puede encontrarse en muchas millas a la redonda.

—De acuerdo, capitán. Entonces… ¡hasta luego!

—Hasta luego y ¡buena suerte!

Sin añadir palabra, el ictiólogo se dirigió a la escotilla y pasó a su vez al interior del batiscafo.

El capitán Chapman permaneció inmóvil donde estaba durante unos cortos instantes, el tiempo justo para que desde dentro se cerrara la escotilla. Comprobó minuciosamente que los cierres del exterior funcionaban y que el hermetismo era absoluto. A continuación, ya tranquilo a ese respecto, se volvió a los marinos que estaban junto a un cabrestante aguardando sus órdenes.

—¡Bajad el batiscafo al mar!

El chirrido metálico de los cables de sujeción sonaron de forma ominosa mientras el batiscafo se movía para ir descendiendo poco a poco, con ligero balanceo, hasta la superficie del océano.

Una vez estuvo el batiscafo en situación de flotación, el capitán Chapman mandó que dos de sus hombres verificasen que todos los cables de conexión estaban en perfectas condiciones y cuando recibió la respuesta afirmativa, dio orden de que se prosiguiera la maniobra y se soltasen los cables de sujeción.

El batiscafo pareció mecerse en la superficie unos instantes como si cabecease o vacilara antes de sumergirse. Después, muy despacio, en vertical, inició la inmersión con tres hombres y una mujer a bordo.

Tres hombres y una mujer que ignoraban lo que les esperaba en las profundidades del océano.

Tres hombres y una mujer que podían morir…

Cada uno tenía un motivo distinto para encontrarse en el interior de aquella reducida nave submarina. Ambición personal…

Deseos de alcanzar el éxito científico…

Afanes de gloria…

Pero el peligro era el mismo para los cuatro.

¡La muerte!

Todos y cada uno de los allí encerrados lo sabían, pero eso no era un obstáculo para ellos.

El batiscafo continuaba descendiendo.

La exploración submarina acaba de comenzar.

CAPÍTULO VII

AL cabo de unos momentos de inmersión, los tripulantes del batiscafo vieron un arrecife a casi cien metros de la superficie. Inmediatamente dieron cuenta de ello al capitán Chapman a fin de proseguir el descenso en línea paralela a aquella formación coralífera.

—Donde empieza ese arrecife, o donde está su base —indicó Southern—, será donde encontraremos la depresión que buscamos.

Rimmer aprobó aquellas palabras con un gruñido, pero no hizo el menor comentario. Xaviera acercó la cara a uno de los ojos de buey y miró admirada aquellas formaciones de coral, que asemejaban extravagantes arbustos, con ramas retorcidas o apelotonadas.

—¡Es coral negro! —exclamó entusiasmada.

Robert rio.

—Ya te gustaría hacerte un collar con él, ¿verdad?

—¿Y a qué mujer no le gustaría?… Pero de ahí no saldría un collar sino cientos. ¿Te has fijado en lo grandes que son esas ramas?

—Claro que me he fijado. Algunas deben llegar por lo menos a medir tres pies.

—¡Y qué bonitas son! Parecen plantas acuáticas.

El profesor Southern sonrió ante aquellas muestras de entusiasmo y, dirigiéndose a Xaviera, explicó:

—Hubo un tiempo en que al coral se le confundió con las Gorgonas, pero sus ramas más gruesas, una vez limpias de pólipos, tienen una consistencia tan dura como el jade. Xaviera interrumpió de pronto la docta explicación y, agarrando el brazo al biólogo marino, señaló un pez cuya forma curiosa le había llamado la atención.

—¿Qué pez es ése? —preguntó.

Southern miró adonde ella señalaba y sonrió.

—Es un pez arquero. No acostumbra a descender mucho porque su zona de caza está en la superficie.

—¿En la superficie?

—Sí, Xaviera. Suele nadar muy despacio y de cuando en cuando puede vérsele lanzar chorros de agua, de forma que cualquier insecto que resulte alcanzado caiga al mar y pueda atraparlo.

—¡Qué curioso…!

—El mar encierra muchas más curiosidades de lo que se imagina la gente.

El ictiólogo, que parecía estar ávido por intervenir en la conversación, llamó la atención de los otros para que mirasen por el ojo de buey a cuyo lado estaba él.

—¡Miren! ¡Ahí tienen a un hermoso ejemplar de tiburón!

Xaviera y el fotógrafo se apresuraron a pegar casi sus caras al grueso cristal, en tanto que Southern se limitaba a echar una ojeada al enorme escualo y comentaba despectivo:

—¡Bah, es un tiburón nodriza!

Xaviera giró hacia interesada.

—¿Quiere decir que sirve de nodriza a otros tiburones?

—Nada de eso. Es sólo el nombre que se le da porque, como puede ver fácilmente, es muy pesado y suele buscar los fondos para posarse en ellos permaneciendo en reposo.

—¿Es peligroso?

—Por lo general es inofensivo, pero si se le molesta… Ningún escualo es desdeñable como enemigo. Pero… ¡fíjese! Ya desciende hacia lo más profundo.

—Debe haberse cansado de nadar —comentó sarcástico Robert.

—Sí, posiblemente —concedió el biólogo.

El profesor Rimmer se disponía a añadir algo más sobre el tiburón nodriza, o quizá sobre alguna de las otras especies de escualos, ampliando así las explicaciones de Southern, cuando vio algo que le hizo sonreír.

—¡Mire, profesor! ¡Ahí tiene a su pulpo manchado!

Southern sí miró esta vez por el ojo de buey con atención. Vio al pequeño pulpo que nadaba hacia la superficie, con el cuerpo adoptando la forma más estilizada posible, fusiforme, moviendo sus tentáculos para propulsarse.

El biólogo marino observaba atentamente no sólo al pulpo en cuestión sino su entorno.

Parecía buscar más pulpos manchados.

Rimmer adivinó su intención y, riendo entre dientes, comentó:

—¿Cree de veras, profesor, que ese amiguito puede ser el causante de tantas muertes?

—Puede haber otros…

—¿Sí?… ¿Y dónde están?

Y, remachando el clavo, añadió:

—Hasta ahora es el único ejemplar que hemos visto.

—Quizá no sea éste su habitat y estén en otro sitio.

El ictiólogo movió la cabeza negativamente.

—Lo dudo, aunque a decir verdad me gustaría que estuviese usted en lo cierto.

Xaviera le miró sorprendida.

—¿Por qué dice que le gustaría que fuese ese pulpo el causante de todo?

—Porque sería muy sencillo eliminarlo y que dejara de matar a nadie. Pero me temo que ése no es nuestro asesino. No, señor. No tiene tanta categoría.

Southern replicó algo picado:

—Olvida usted que el extracto de sus glándulas salivares contiene una de las toxinas de origen marino más poderosas y que su inoculación, cuando muerde, es tremendamente mortífera. Incluso para el hombre, y sobre todo si éste se halla en el agua. Entonces no tiene escapatoria posible. La mordedura del pulpo manchado australiano se hace mortal de necesidad.

—Lo sé, querido Southern. Lo sé muy bien —replicó el ictiólogo en tono condescendiente.

—Y sin embargo usted se empeña en negarlo —dijo el enfurruñado Southern.

—E insisto en ello precisamente porque conozco muy bien lo que es el pulpo manchado y sé de qué es capaz.

Southern miró interrogativo a su colega, como invitándole a proseguir.

—Este conocimiento que tengo de ese cefalópodo —indicó Rimmer, es lo que me hace pensar que él no puede ser nuestro objetivo.

—¿Entonces qué puede serlo?

Rimmer se encogió de hombros y una expresión de duda se dibujó en su rostro.

—La verdad es que he de confesar que lo ignoro. Pero a tenor de las circunstancias que rodean a las muertes que se han producido, sospecho que debe tratarse de otro animal de diferente especie, provisto de un veneno más activo, más rápido en su acción y por lo tanto mucho más efectivo. Un veneno que no es, desde luego, el del pulpo manchado, porque tiene que ser capaz de provocar la parálisis cerebral en cuestión de escasos minutos, o tal vez en cosa de segundos. Y eso, convendrá conmigo, Southern, que su «protegido» es incapaz de conseguirlo.

—Atacando uno solo puede que no, pero en bandada…

Rimmer movió la cabeza negativamente.

—Ni siquiera así. Y si tanto me apura —añadió cejijunto—, pudiera ser que ni siquiera se tratase de un animal, de un pez…

—Y si no es eso… ¿qué puede serlo? —replicó acremente el biólogo marino—. ¿Tiene alguna idea?

—Ya le dije antes que no. ¡Ojalá la tuviera! —suspiró el ictiólogo—. De ser así no hablaría como lo hago.

Southern movió la cabeza, evidentemente disgustado por lo que él consideraba cerrazón o terquedad de su colega.

—Está hablando sin ton ni son. Sus razonamientos no tienen la menor base.

—Tampoco los suyos tienen mucha más que los míos.

El biólogo marino se disponía a replicar a Rimmer, llevándole una vez más la contraria y enzarzándose en una más de sus habituales discusiones, cuando un sexto sentido le hizo mirar el ojo de buey y lo que vio le hizo sobresaltarse.

—¡Oh, no!

Southern palideció.

Los ojos del científico se desorbitaron fijándose en algo que le resultaba sorprendente a la vez que mortal.

Un sonido ronco, parecido a un gemido, se escapó de la garganta del biólogo marino, que apenas si pudo sobreponerse para articular al fin unas palabras.

—¡Cielo santo!… ¡No es posible!

Al oírle, Rimmer se giró velozmente hacia él, viéndole en aquel estado, le cogió por un brazo, zarandeándole casi mientras preguntaba muy excitado:

—¿Qué es eso que no es posible?… ¡Conteste Southern! ¡Por el amor

de Dios, conteste! El biólogo se echó ligeramente hacia atrás y, apuntando al ojo de buey, contestó:

—¡Véalo usted mismo!

Rimmer así lo hizo.

Lo que vio a través del espeso cristal del ojo de buey también le hizo palidecer. El ictiólogo apretó los labios hasta formar con ellos una línea de extrema dureza, se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre y, como si masticara las palabras, acertó a pronunciar un nombre que para él y su colega tenía connotaciones mortales.

El nombre de un auténtico asesino.

—¡Es la Chironez Fleckeri!… ¡Dios mío!… ¡Cómo no pensamos en ella!

Las exclamaciones y actitud de los dos científicos alarmaron a Xaviera y al fotógrafo que se apresuraron a mirar a su vez por el ojo de buey.

Ella, muy sorprendida, preguntó:

—¿Se refieren ustedes a esa medusa?

El ictiólogo asintió gravemente.

—Sí… precisamente a ella.

—Pero si parece inofensiva…

Southern se apresuró a interrumpirla.

—Le aseguro que la Chironex Fleckeri no tiene nada de inofensiva. Aunque tal vez usted la haya oído citar por su otro nombre, el de Avispa de Mar.

Xaviera sonrió burlona.

—¡Bah! ¿Y una simple avispa les pone en ese estado…? Me parece que ustedes dos son una pareja de exagerados. ¡Y encima se llaman científicos! —concluyó en tono zumbón. —No se ría, Xaviera —dijo el profesor Rimmer. Aunque corrientemente se le dé el nombre de Avispa de Mar es el animal invertebrado más venenoso de todo el mundo.

¡No hay otro que la iguale y menos aún que la supere!

El fotógrafo intervino para preguntar a su vez:

—¿Puede ser ella la causante de todas las muertes que se han atribuido a los tiburones?

—Sí, me temo que sí.

Robert le miró con ojos incrédulos.

—No ponga esa cara —le increpó casi el profesor Rimmer—. El veneno de la Chironex Fleckeri es tan activo y rápido en sus efectos que

puede matar a un hombre, aunque sólo haya afectado la parte baja de sus piernas.

—¡Parece increíble!

—Pues es una realidad por desagradable que nos resulte.

Al finalizar aquel comentario, Rimmer se encaró con su colega que parecía tremendamente abatido.

—Somos un par de estúpidos. ¿Cómo no se nos ocurrió pensar en ella? ¡No hay excusa para nosotros!

Rimmer hizo una pausa, sin que nadie se atreviese a interrumpirle, y a continuación agregó:

—Ahora recuerdo precisamente que antes de venir a Brisbane estuve estudiando las estadísticas de los ataques con resultados mortales atribuidos a los tiburones. A quince comprobados, correspondían cerca de setenta muertos achacables a la Chironex Fleckeri.

—Tiene usted razón, Rimmer —murmuró con amargura Southern—, Nos hemos portado como dos párvulos. El bosque no nos dejó ver los árboles. O tal vez sea lo contrario, pero eso ya no tiene importancia ahora.

El fotógrafo quedó sorprendido al ver cómo Southern aceptaba lo que podía considerarse su derrota.

—¿También usted cree que esa medusa es la responsable de las muertes que hemos venido a investigar?

—Sí. Indiscutiblemente.

Southern irguió el cuerpo y se encaró con el fotógrafo, que todavía no parecía demasiado convencido.

—Ya oyó usted lo que dijo el profesor Rimmer sobre el veneno de la Avispa de Mar. A sus palabras sólo me resta añadir que la Chironex Fleckeri actúa adhiriendo uno de sus tentáculos, o varios, a su víctima. El picotazo que ésta recibe es el vehículo por el que se inocula el veneno, que no sólo es mortal, sino que opera paralizando el sistema respiratorio, afectando además al cerebro. ¡Por eso se paralizaban las funciones motrices y cerebrales de las víctimas!

—En efecto —añadió Rimmer—. Y por eso también las personas atacadas por la Chironex Fleckeri se hundían en el agua, ahogándose, y convirtiéndose de ese modo en pasto de los tiburones. ¡La Avispa de Mar se había encargado de servírselo en bandeja!

Los dos científicos callaron a un tiempo y, como puestos de acuerdo, se pusieron a observar atentamente el exterior, sin que ni Xaviera ni Robert se atreviesen a formular ninguna otra pregunta ni a hacer el

menor comentario.

Tanto la periodista como el fotógrafo habían quedado impresionados por las palabras y la actitud de ambos científicos. Y oyeron como el profesor Rimmer rezongaba:

—A medida que continuamos descendiendo hacia la depresión aumenta el número de esas malditas medusas.

—Sí… y empiezo a pensar —añadió Southern—, que es precisamente la depresión el habitat de las Chironex.

—De eso no cabe la menor duda —replicó el ictiólogo—. Además, eso explica por qué las muertes se han producido en los alrededores de esta zona o allá donde algunas Avispas de Mar hayan sido conducidas empujadas por las corrientes.

En ese preciso momento, como si la llegada del batiscafo hubiera alterado el equilibrio del medio ambiente, una especie de masa, de aspecto gelatinoso, se alzó del fondo de la depresión elevándose hasta el aparto metálico que se movía como un intruso en aquel lugar infestado por las mortíferas medusas.

Los cuatro ocupantes del batiscafo asistían asombrados al despliegue de aquellos animales transparentes, que se hacían opacos en razón de su cantidad.

Las medusas estaban rodeando por completo al batiscafo que, gracias a sus cierres herméticos, mantenía a sus ocupantes a salvo de las mortales picaduras de las Avispas.

—Jamás imaginé que llegaría a ver un fenómeno biológico semejante —comentó entre dientes el profesor Rimmer.

—Ni yo tampoco… ¡Y pensar que le eché la culpa al pobre pulpo manchado! —rezongó Southern.

—Bueno, un error puede cometerlo cualquiera y de sabios es admitirlo —convino generoso el ictiólogo—, A decir verdad, tampoco yo había pensado en la Chironex Fleckeri… y menos aún en encontrarla en tal cantidad. ¡Es asombroso!

Southern se volvió hacia su colega, con el ceño fruncido y crispados los rasgos de su cara.

—El peligro es mucho mayor de lo que habíamos supuesto. ¿Se da cuenta, profesor?

Rimmer hizo un gesto afirmativo.

—Sí, me doy perfecta cuenta. Por eso no sólo habrá que avisar inmediatamente a las autoridades de Brisbane para que tomen medidas de emergencia, empezando por establecer una especie de cuarentena en

esta zona, sino que habrá que buscar urgentemente una solución para que estas medusas puedan ser destruidas aquí mismo y no se conviertan en una plaga mortal que ponga en peligro no sólo la supervivencia de la fauna marina sino incluso se conviertan en una amenaza para la raza humana.

El ictiólogo se apartó como a regañadientes del ojo de buey que había sido su puesto de observación y, con la decisión impresa en su semblante, exclamó:

—Ahora ya sabemos a qué atenernos. Es preciso regresar cuanto antes a Brisbane.

Rimmer dio cuenta por radio al capitán del yate de que iban a iniciar la ascensión y unos instantes después el batiscafo se elevaba sobre la depresión marina, en la que estaba proliferando una especie animal que podía acabar con toda forma de vida en el océano.

Una simple medusa que podía ser también la causa de más muertes entre los hombres que si éstos se enfrentasen en una de sus consabidas guerras.

CAPÍTULO VIII

DESPUÉS de haber informado por radio a las autoridades de Brisbane acerca de la naturaleza de su descubrimiento, urgiendo para que tomasen las primeras medidas de emergencia, y tras escuchar algunas indicaciones, el profesor Rimmer cortó la comunicación y se volvió hacia sus compañeros.

—Bueno, el primer paso ya está dado —les dijo—. Cuando lleguemos a Brisbane, el Sheriff nos estará esperando en el embarcadero con un par de coches para llevamos a nuestros respectivos hoteles, a fin de que podamos asearnos un poco. Seguirán aguardándonos y luego nos acompañarán a la sala de reuniones del Ayuntamiento para estudiar todos juntos cuál puede ser la solución para acabar con el peligro que representan las Chironex Fleckeri.

—¿No podríamos prescindir de todo eso? —preguntó Robert con cara adusta.

Rimmer rio con ganas.

—Claro que podríamos prescindir pero el hecho de que perdamos una hora en ducharnos y quitarnos el salitre del cuerpo, tonificar nuestros cuerpos, que buena falta les hace, ponemos ropa limpia y tomar algo, no alterará demasiado el programa.

—Además, tenga en cuenta —dijo Southern—, que tanto Rimmer como yo necesitamos pensar acerca de las posibles soluciones al problema que representa eliminar a las Chironex.

—Bueno, ustedes saben de eso más que nosotros —rezongó el descontento Robert.

—Así es, amigo. Déjelo en nuestras manos.

—De acuerdo, profesor Rimmer. Usted es quien manda.

El fotógrafo pasó un brazo por la cintura de Xaviera y la empujó suavemente hacia cubierta.

—¿Vamos a tomar un poco el sol?

—Lo que tú digas.

Rimmer les vio salir de la cabina y vuelto hacia su colega le guiñó un ojo:

—Me parece que esos dos lo que querrían sería un poco más de tiempo para estar solos y a sus anchas… o que, por el mismo motivo, terminemos cuanto antes.

El profesor Southern soltó una carcajada y, en eso, dio la razón a su eminente colega. Luego, mientras la pareja de reporteros se instalaba en cubierta, ellos se enzarzaron en otra de sus habituales discusiones, que en esta ocasión se centró en el tema de la eliminación de las temibles Chironex Fleckeri.

* * *

El salón de reuniones del Ayuntamiento de Brisbane era grandioso y de techo muy alto. Del centro de éste pendía una enorme lámpara de bronce, de varios brazos, que en tiempos debió utilizarse con velas pero que ahora contaba con bombillas de forma de pequeñas llamas, y quedaba situada justo encima de la gran mesa en torno a la cual se habían reunido las autoridades locales y los cuatro expedicionarios.

El profesor Rimmer empezó por hacer una sucinta relación de lo que se había hecho hasta localizar la depresión, convertida en habitat de las Chironex Fleckeri, explicando después las mortíferas características de aquellos animales, para concluir con el planteamiento de las posibles soluciones, conducentes a la eliminación de tan peligrosos vecinos.

El ictiólogo creía que con aquello sería suficiente, pero, para su asombro, algunos de los concejales consideraron exageradas sus manifestaciones, poniendo incluso en duda la magnitud del peligro que las Avispas de Mar podían representar para Brisbane y sus habitantes… y para los turistas que acudían a sus playas

—En el caso de hacer público lo de ese presunto peligro —indicó el concejal Klingers, dueño de varios hoteles y de un supermercado—, tardaríamos varias temporadas en conseguir que un turista asomase las narices por Brisbane. ¡Equivaldría a la ruina de muchos de nuestros convecinos que viven casi exclusivamente del turismo!

Rimmer protestó airado:

—Lo primero que debo decirle, señor Klingers, es que no se trata de un presunto peligro, sino de algo gravísimo y quizás inminente, que

requiere medidas drásticas y urgentes. Y lo segundo es que si unos vecinos suyos pueden tener problemas por la falta de clientes, mayor problema tendrían si éstos, ellos mismos, sus parientes o amigos dejasen de vivir a causa de las Chironex.

El concejal hizo un gesto displicente, igual que si tratase de apartar un molesto moscardón.

Otro de sus compañeros tomó a su vez la palabra y, encarándose con el ictiólogo, preguntó sarcástico:

—¿Insiste usted en afirmar que un bichejo de nada puede ser el causante de un azote tan grave como ese con el que nos amenaza, profesor Rimmer?

—No se trata de un bichejo de nada, sino de una cantidad enorme de Chironex, que de seguir proliferand de anquilamente en esa depresión puede elevar su número a millones, y entonces…

Rimmer dejó la frase en suspenso al ser interrumpido por otro de los concejales tan incrédulo como los anteriores.

—Veamos, profesor… Asegura usted que esa medusa es mortal para el hombre, y sin embargo yo me entero ahora de su existencia. ¿A qué cree que es debido eso?

—Ignoro la razón por la cual no ha sido usted informado de las muertes que se han producido en las costas australianas —replicó sarcástico el ictiólogo—, pero le garantizo que si una de esas Avispas le hubiera picado estando usted en el agua no se encontraría ahora en esta sala haciéndome estas preguntas. ¡Se habría ahogado o servido de pasto a los tiburones!

—¡Bah! ¡Exageraciones suyas!

El rostro de Rimmer se tomó rojo como si estuviese a punto de sufrir un ataque o una apoplejía.

Robert S. Jong se levantó en ese instante y, abriendo la cartera que había llevado consigo, tiró sobre la mesa unas copias fotográficas al tiempo que decía:

—Debo lamentar que en las circunstancias en que nos encontrábamos, en el interior del batiscafo, no pudiese obtener fotos más claras, pero lo que conseguí retratar puede aclararles hasta qué punto son numerosas esas Chiro… bueno, Las Avispas de Mar.

Con su índice señaló a dos de las copias.

—La masa gelatinosa que pueden apreciar está constituida por un gran número de esas medusas. Y para que puedan valorar lo que aquélla representa, aquí tienen otra foto…

Y Robert mostró una copia en la que había un solo ejemplar.

—…donde puede verse que se trata de un animal casi transparente. Véanlo, por favor.

A indicación suya, las fotos fueron pasando de mano en mano y aunque los concejales que desde el primer momento se habían mostrado reacios a aceptar las manifestaciones de Rimmer, persistieron en su actitud notamente adversa, otros, más sensatos, empezaron a estudiar el asunto desde otro punto de vista.

El alcalde, pensativo, examinó las fotos que le había hecho pasar Robert y, volviéndose hacia Rimmer preguntó:

—¿Está usted plenamente convencido de cuanto ha dicho respecto al peligro que nos amenaza por causa de… estos animales?

—Sí, señor alcalde. Fíjese usted en el cuerpo semitransparente y en los largos tentáculos que alcanzan hasta los dos metros de longitud. Eso hace que incluso personas avezadas a ver medusas puedan convertirse en víctimas de la Chironex, ya que sus tentáculos, semejantes a algas, pueden descargar en ellas su veneno mortal, antes incluso de que alcancen a descubrir su cuerpo. Y entonces, desgraciadamente para ellas, sería demasiado tarde.

—Entonces, según usted, el único remedio es eliminar a las medusas, destruyéndolas allá donde se encuentran… ¿No es así?

—En efecto, señor alcalde. ¡Y cuanto antes mejor!

El concejal de sanidad no tuvo entonces reparo en intervenir en favor de Rimmer.

—Caballeros —dijo paseando su mirada por los presentes—. Yo debo decir que la fama del profesor Rimmer es tal que me consta ha sido nominado para el Premio Nobel por sus trabajos relacionados con la fauna marina y que, por tanto, es una verdadera autoridad en la materia. Si él nos asegura que esas medusas son mortíferas es porque efectivamente lo son. Y sólo mentes obtusas…, o movidas por intereses personales pueden pretender llevarle la contraria.

El concejal Klingers se levantó furioso para responder a lo que consideraba una vejación para él, pero el alcalde se le adelantó mandándole sentarse y dirigiéndose a su vez a Rimmer:

—Ha dicho que el veneno de la Avispa de Mar es muy activo. ¿Cuánto tiempo tarda en producir efecto en un ser humano?

Rimmer hizo un gesto evasivo.

—La respuesta no puede ser muy exacta puesto que depende de muchos factores, como son la parte del cuerpo afectada, la constitución

del individuo…

—No importa, profesor. En término medio. ¿Cuánto tiempo?

—Bien… Entre medio y quince minutos.

—Entonces, alguien que sea muy resistente podría salir del agua y ser salvado si se tenía a mano el antídoto.

Southern hizo una mueca y dijo:

—Podría ser… si existiese el antídoto.

—¿No lo hay? —se sorprendió el alcalde.

—El veneno de la Chironex no ha sido lo suficientemente estudiado y, por desgracia, no se conoce por tanto ninguna clase de antídoto.

—Entonces, nos encontramos como al principio.

—Exactamente, señor alcalde, y si me lo permite añadiré algo que parece haber olvidado.

—¿Qué es?

—Usted ha pensado en personas muy fuertes y resistentes que pudiesen salir del agua, pero se ha olvidado de las otras, las más débiles… ¡ésas se ahogarían sin remedio!

—O serían víctimas de los tiburones, que deben acudir al reclamo de la Chironex como soldados al oír la llamada al rancho.

El alcalde hizo una mueca de disgusto.

—Esa comparación me parece odiosa, profesor Rimmer.

—No lo dudo, señor alcalde, pero se ajusta a la realidad de los hechos.

Un silencio denso, casi palpable, se produjo en el salón sin que nadie pareciese tener el menor interés en romperlo. Al fin fue el Sheriff quien lo hizo, manifestándose en favor de lo dicho por el profesor Rimmer.

—Permitan ustedes que les diga algo, caballeros. Por razón de mi empleo he tenido que interrogar a testigos de varias muertes que se atribuían a los tiburones. Los datos coinciden con lo explicado por el profesor Rimmer. Y el forense está también de acuerdo con él, según ha manifestado después de oírle y de haber efectuado la autopsia de una desgraciada de la que sólo se encontró la cabeza y parte del torso, pero en cuyo cerebro se detectó la presencia de veneno.

El Sheriff hizo una pausa, mirando a todos y cada uno de los presentes, añadiendo a continuación:

—En mi modesto entender creo conveniente que se adopten las medidas que nos aconseje el profesor. En eso no estoy de acuerdo con el señor Klingers… Sí, no me mire usted así, porque seguiré aunque ello

me cueste perder los votos que usted podría proporcionarme. Pero me debo a la ciudad y cumpliré con mi deber.

Tras aquella iniciación a Klingers, que se mordió el labio inferior con rabia evidente, el Sheriff prosiguió su alegato.

—En las actuales circunstancias y habida cuenta las muertes que se han producido últimamente, voto en blanco a favor del profesor Rimmer. Creo que vale más pecar por exceso de precauciones que por defecto.

Y respecto a los turistas… Bien, ¿no sería peor que viniesen y muriesen?… La publicidad sería peor que anunciar que estamos limpiando nuestras costas de animales peligrosos.

El alcalde negó la palabra a varios de los concejales que la reclamaban y, encarándose con el profesor Rimmer, inquirió:

—Ahora que ya sabe usted cómo piensa este Concejo, ¿qué es lo que nos propone? ¿Cuál es su solución?

Rimmer miró a su colega el biólogo marino, como invitándole a tomar él la palabra, pero Southern, elegante y deportivamente, le indicó fuera él quien continuase.

—Está bien, caballeros. Mi colega el profesor Southern y yo hemos estado discutiendo sobre el problema y la manera de solucionarlo…

Xaviera guiñó un ojo a Robert, como indicándole que estaba segura de que la discusión debía haber sido muy prolongada para que ambos científicos llegasen a un acuerdo.

—La primera solución que se nos ofrecía era la de verter en el mar, sobre la depresión, un tóxico que destruya la gelatina, pero eso contaminaría las aguas y podría provocar problemas ecológicos. En cuanto a la segunda solución, que es la más viable a nuestro juicio, resulta también la más costosa…

—¡Eso ya me lo suponía! —exclamó en voz alta el concejal Klingers —. ¡Al asunto del dinero hemos llegado!

Rimmer hizo caso omiso de la interrupción y siguió diciendo:

—Se podrían utilizar mangas de succión para sorber las medusas y verterlas luego en depósitos repletos de ese tóxico.

—¿Y cree usted que eso daría resultado? —preguntó el alcalde, para añadir en seguida—: ¿Y qué costarían esas mangas, los depósitos y el tóxico?

Rimmer se encogió de hombros al responder:

—De que daría resultado estoy seguro. En cuanto al costo… no creo que sea asunto de mi incumbencia.

—Bueno. De eso podríamos ocuparnos nosotros mismos —admitió el alcalde, para añadir a continuación—: ¿Cuándo podría empezar esta operación de… digamos limpieza?

Rimmer sonrió triunfante.

—En cuanto ustedes dispongan de las mangas de succión, de los depósitos y del tóxico, cuya fórmula Southern mismo les proporcionará para que puedan prepararlo inmediatamente.

El alcalde paseó la mirada por el concejo.

—¿Se acepta la propuesta del profesor Rimmer?… Los que estén de acuerdo que levanten la mano.

Cuando se hubieron contabilizado los votos favorables, el alcalde pidió levantasen la mano quienes estuviesen en contra.

Así lo hicieron Klingers y sus amigos.

El alcalde sonrió al levantarse y decir a Rimmer:

—Se acepta su propuesta por mayoría. Pueden ustedes regresar a sus alojamientos a descansar, mientras nosotros nos ocupamos de los detalles de la operación limpieza.

Rimmer y Southern estrecharon las manos del alcalde y de aquellos concejales que habían votado favorablemente. Luego salieron del ayuntamiento seguidos de los dos reporteros.

El ictiólogo se dirigió entonces a Xaviera y Robert:

—Acompáñennos al Club. Lo que acabamos de conseguir se merece un brindis.

Y muy sonrientes, los cuatro se encaminaron al Brisbane Royal Club para descorchar una botella de champagne, que Rimmer exigió fuese francés, del auténtico, y cuyo sonoro taponazo parecía ser como el primer cañonazo de una guerra contra las medusas venenosas en la que ellos acababan de ganar la primera y más importante de las batallas. La operación limpieza estaba en pleno desarrollo, funcionando las mangas de succión ininterrumpidamente. Robert había tomado fotos más que suficientes para ilustrar el reportaje que estaba escribiendo Xaviera y que se uniría como documento adicional al informe elaborado por el profesor Rimmer para la Shark Research Panel.

Southern había tomado a su cargo la dirección del proceso de eliminación de las medusas y parecía plenamente satisfecho de cómo iban desarrollándose las cosas. Apoyados en la borda, en proa, Xaviera y Robert miraban al mar, sintiéndose arrullados por el zumbido continuo que producían las mangas de succión en pleno funcionamiento.

—Esto empieza a resultarme monótono y aburrido…

—A mí también me lo parece, Robert.

—¿Qué te parecería si nos fuésemos a tierra?

—¿Tú lo prefieres a seguir aquí?

—Lo que yo prefiero —susurró él en su oído—, es estar a solas contigo, a nuestras anchas, sin tantos ojos que nos observen cuando trato de abrazarte o de darte un beso.

—¡Loco!

—Sí, por ti.

Robert presionó con su mano en el hombro de ella e insistió:

—¿Qué? ¿Aceptas mi proposición?

—Claro que la acepto.

Él se inclinó para besarla en los labios, en el preciso instante en que salía el radiotelegrafista de su cabina con el semblante demudado.

—¡Hay problemas! —les gritó.

Y el hombre siguió corriendo hacia la cabina del capitán.

—¡Ya me parecía a mí que estábamos tranquilos demasiado tiempo! —exclamó Robert irritado.

Pero, deseando saber qué podía haber trastornado de aquel modo al radiotelegrafista, fue tras él acompañado por Xaviera.

—Del observatorio acaban de anunciarnos que se aproxima un ciclón y que, si continuamos aquí, puede alcanzarnos de lleno —les anunció el capitán.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Robert.

—¿Y aún lo pregunta? —bramó Eric Chapman—. ¡Salir pitando inmediatamente y a toda pastilla!

Xaviera intervino, señalando a las mangas de succión, que continuaban funcionando a pleno rendimiento.

—¿Y las medusas? ¿Se ha olvidado usted de ellas?

—¡Cielo santo, sí! ¡Ya ni me acordaba de su existencia!

Eric Chapman se precipitó fuera de la cabina para correr al encuentro del profesor Southern y ponerle en antecedentes de lo que ocurría y del peligro que se les venía encima.

—Hemos de irnos de aquí a toda velocidad o el ciclón nos alcanzará de lleno y puede enviarnos al fondo… a servir de pasto a las medusas y a los tiburones.

—Le comprendo, capitán, y ahora mismo ordenaré que se paren las mangas de succión y se recojan. Pero… me preocupa lo que suceda con

las medusas.

—¿Por qué? —preguntó Robert—. Seguirán en el fondo tan tranquilitas esperando que volvamos.

—Puede que sí y puede que no —replicó el biólogo moviendo la cabeza en gesto dubitativo.

—¿Qué quiere decir?

Southern se encogió de hombros.

—Nosotros podemos escapar del ciclón con relativa facilidad. Todo es cuestión de velocidad, pero si remueve el fondo de la depresión… quizá disperse a las medusas, ¡y eso sería catastrófico!

El capitán Chapman intervino acuciante;

—Pase lo que pase, profesor, no podemos continuar aquí ni un minuto más. Usted encárguese de que se retiren las mangas de succión y yo me ocuparé de llevarles a todos a puerto.

Y, sin esperar respuesta, el capitán corrió de nuevo a su cabina para dar la alarma a la tripulación, ordenando que cada cual ocupara su puesto para iniciar la maniobra de regreso a puerto.

En cuestión de pocos-minutos el Sea's Tramp abandonaba la zona de peligro y surcaba el mar a toda velocidad.

En el cielo se extendían negros nubarrones y un lejano tronar se dejaba oír amenazante.

EPILOGO

LOS justificados temores del profesor Southern, del que también se hizo eco su colega Rimmer, el cual, evidentemente se mostró en aquello de acuerdo con él, llegaron a convertirse en realidad. El violento tornado se abatió sobre la sima en las que las Chironex Flecheri tenían establecido su habitat, y en vez de dispersarlas, lo que hizo fue destruirlas. El ciclón acabó con las mortíferas medusas con más eficacia que los hombres con sus medios.

Una vez más la naturaleza había demostrado hasta cuanto cuidaba de mantener el equilibrio ecológico.

De ello tuvieron buena prueba los científicos cuando terminado el temporal acudieron con el Sea's Tramp a ver qué había sucedido en la depresión y se encontraron con que ésta había quedado totalmente limpia de medusas.

Y como a ellos les habían acompañado una vez más sus nuevos amigos Xaviera y Robert, al comprobar el resultado tan satisfactorio, el profesor Rimmer decidió invitarles a un nuevo brindis.

—Esta vez —les dijo— no brindaremos por haber ganado una batalla sino por el final de la guerra.

Otra vez volvieron al Brisbane Royal Club y descorcharon una botella de champagne francés, pero mientras los dos científicos iniciaban una de las consabidas discusiones acerca de las nefastas consecuencias que pudo haber tenido el ciclón, Xaviera y Robert les dejaron solos para ir a refugiarse en la habitación de su hotel donde, de otro modo más voluptuoso, brindaron a su aire por el final de aquella aventura.

FIN